



SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, Y SU APORTACIÓN A LA REFORMA DE LA IGLESIA

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, AND HIS CONTRIBUTION TO THE REFORM
OF THE CHURCH

ARTURO LLIN CHÁFER

Canónigo de la Catedral metropolitana de Valencia.

Resumen

La figura y obra de Santo Tomás de Villanueva se encuentra situada en el corazón del Siglo de Oro español. El siglo XVI significó una gran renovación eclesial, que coincidió con un gran esplendor político, económico y social de nuestro país. Las raíces de la renovación cristiana que se realiza en esa época hay que encontrarla en la corriente que tiene lugar dentro de la misma Iglesia Católica, muy anteriormente a 1517, fecha en que se produjo la escisión luterana. En este estudio correspondiente a Santo Tomás de Villanueva y su aportación a la reforma de la Iglesia del siglo XVI ciframos y clasificamos esta en varios apartados. El primero presenta la figura del hombre ideal diseñada por la espiritualidad del siglo XVI; el segundo apartado, centrado en la figura y obra de nuestro santo, lo subdividimos del siguiente modo: Alcalá y la impronta que su universidad produjo en la formación del joven Tomás García Martínez; su actuación como religioso agustino y como arzobispo de Valencia; con la exposición de algunos aspectos de su espiritualidad que cooperaron a la renovación eclesial de su época. Por último, el tercer apartado está dedicado a presentar el benéfico influjo que el santo produjo a través del siglo XVI y siglos posteriores. Hay muchas obras por todo el mundo que atestiguan y perpetúan el ministerio apostólico de Santo Tomás de Villanueva. La Conferencia Episcopal Española, que ha pedido oficialmente a la Santa Sede que declare al santo, Doctor de la Iglesia, ha colocado en la Capilla de la Sucesión Apostólica, de las misma Sede de la Conferencia Episcopal, entre los doce obispos canonizados, en un bello mosaico, a Santo Tomás de Villanueva.

Palabras clave: Santo Tomás de Villanueva, Siglo de Oro español, reforma de la iglesia, espiritualidad, arzobispo de Valencia, agustino.

Abstract

The figure and work of Santo Tomás de Villanueva is located in the heart of the Spanish Golden Age. The 16th century meant a great ecclesial renewal, which coincided with a great political, economic and social splendor of our country. The roots of the Christian renewal that took place at that time must be found in the current that takes place within the Catholic Church itself, long before 1517, the date on which the Lutheran split took place. In this study corresponding to Santo Tomás de Villanueva and his contribution to the reform of the Church of the 16th century, we encrypt and classify this in several sections. The first presents the figure of the ideal man designed by the spirituality of the 16th century; the second section, centered on the figure and work of our saint, we subdivide as follows: Alcalá and the mark that his university produced in the formation of the young Tomás García Martínez; his performance as an Augustinian religious and as Archbishop of Valencia; with the exposition of some aspects of his spirituality that contributed to the ecclesial renewal of his time. Finally, the third section is dedicated to presenting the beneficial influence that the saint produced throughout the 16th century and later centuries. There are many works throughout the world that testify and perpetuate the apostolic ministry of Santo Tomás de Villanueva. The Spanish Episcopal Conference, which has officially asked the Holy See to declare the saint, Doctor of the Church, has placed in the Chapel of the Apostolic Succession, of the same Headquarters of the Episcopal Conference, among the twelve canonized bishops, in a beautiful mosaic, to Santo Tomás de Villanueva.

Keywords: Saint Thomas of Villanueva, Spanish golden age, church reform, spirituality, Augustinian, Archbishop of Valencia

El siglo XVI experimentó un espléndido florecimiento político, cultural y religioso, surgiendo corrientes de pensamiento muy diversas, dándose acontecimientos muy importantes que hicieron cambiar el curso del caminar de la humanidad, con el descubrimiento de América y su consiguiente evangelización, en el ocaso del siglo anterior, o la reforma protestante en esa misma centuria. Surgió una etapa de gran exuberancia doctrinal, con ello se abría una luminosa página en la historia de la humanidad.

La historia nunca se da con cortes definidos y tajantes. Normalmente el desenvolvimiento de un periodo transcurre complejamente, que hace que sea difícil de encuadrarlo en esquemas más o menos prefijados. De ahí que el proceso de la constitución de los elementos que forjaron la sociedad del siglo XVI fue lento y complejo.

La Iglesia no quedó al margen de aquel proceso que acaeció en aquella centuria respondiendo con sus aportaciones valiosas y dinámicas, tomó una mayor conciencia de su misión de la evangelización, poniéndose al servicio de los hombres, y a través de ellos, de las mismas estructuras sociales.

Las corrientes y movimientos doctrinales fueron proliferando y creciendo con una gran eficacia apostólica. Se dio un resurgir eclesial que se concretizó en instituciones concretas: órdenes religiosas, universidades, colegios mayores, etcétera.

Pero muchas de estas experiencias quedaron sin estructuras y al no encontrar cauces que las canalizaran por el tiempo desaparecieron. No obstante produjeron una renovación, de la que se benefició la Iglesia y la sociedad.

Cada momento histórico del caminar eclesial desvela algún aspecto del Evangelio, que se manifiesta a través de los signos de la Iglesia. Es una presen-

cia de Cristo que sigue enviando su Espíritu. Las figuras sacerdotales, entre otras mediaciones, son, dentro de las limitaciones humanas, signos portadores de un carisma para todo el caminar de la Iglesia. Se puede decir que cada momento histórico ha tenido sus cauces especiales, a modo de un pentecostés permanente. Cada época viene configurada por una figura sacerdotal que llega a tener un cierto valor permanente para afrontar nuevos retos y responder a nuevas gracias.

Una figura, que presenta la imagen viva de Jesucristo, que supo impresionar e impactar al hombre de su época, que trabajó arduamente en la tarea de encarnar las bienaventuranzas en la Iglesia es santo Tomás de Villanueva. Vivió intensamente su encuentro con Cristo en la oración, en la Eucaristía. Fue pobre, austero, casto, sencillo, servicial, alegre, empapado de la caridad teologal, que es la caridad pastoral sin límites, sin medida. Testigo cualificado de Jesucristo. Tiempos recios le tocaron vivir, vivió su entrega a Cristo y con El a los hermanos total y exhaustivamente. Es el buen pastor dispuesto a dar la vida sin condiciones, con abnegación y heroísmo.

Santo Tomás de Villanueva es una figura destacada del siglo XVI. Su influencia doctrinal y práctica en la reforma de la Iglesia de su tiempo es de todos conocida. Imprimió a su época una dinámica apostólica y ejemplaridad evangélica. Estaba embebido en un dinamismo renovador de la vida clerical y eclesial. No escribió como quien presenta una exposición teórica, sino para fundamentar la renovación eclesial de su época con su experiencia y testimonio vivencial.

Su actuación, no sólo fue ejemplar y luminosa, sino que incluso llegó a adquirir verdadera trascendencia nacional y universal con el trabajo que realizó con su aportación a la reforma de la Orden Agustina, la expansión misionera en América, la renovación de la predicación cristiana, la actitud pastoral y cura de almas en las distintas regiones españolas, y, en particular, en la Archidiócesis de Valencia, la creación del nuevo tipo de obispo-pastor, abrasado de celo y bien provisto de doctrina, entregado por completo al servicio de su grey.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, REFORMADOR

La figura y obra de santo Tomás de Villanueva se encuentra situada en el corazón del Siglo de Oro español, tiempo en que la gloria de las armas coincidió con el esplendor del arte y el fulgor del espíritu.

Es el siglo XVI el momento poético y creador más importante de nuestra historia. En medio de aquel florecimiento político, cultural y religioso de España, la actuación de santo Tomás de Villanueva fue ejemplar y luminosa. Los tiempos que le tocan vivir a nuestro santo son muy similares a los nuestros. Hoy

están vigentes los mismos problemas que tuvo que afrontar en su época. Tiempos de inseguridad entonces y ahora. Vacilantes en aquellos tiempos y vacilantes en nuestros días.

Se encontró con una Iglesia anquilosada, sin vitalidad, sin pujanza interior. Le duele la situación de la Iglesia. Sueña con una Iglesia nueva, viva, con corporaciones religiosas que sean un fiel reflejo del Evangelio. Todo ello exige hombres nuevos. Hombres de Dios. Para que se dé esta reforma es necesario que se comience por una auténtica y profunda reforma de los clérigos y de los religiosos.

La reforma de la Iglesia constituye, por entonces, una especie de conciencia colectiva, de renovación interna dentro de la jerarquía, clero secular, órdenes religiosos y pueblo fiel. Nuestro santo responde a estos anhelos generales que se sentían, como una gran tarea a realizar, que si bien es esporádica, no está exenta de interés.

Este estudio correspondiente a santo Tomás de Villanueva y su aportación a la reforma de la Iglesia del siglo XVI la vamos a clasificar en varios apartados. El primero presenta la figura del hombre ideal diseñada por la espiritualidad del siglo XVI; el segundo apartado, centrado en la figura y obra de nuestro santo, lo subdividimos del siguiente modo: Alcalá y la impronta que su universidad produjo en la formación del joven Tomás García Martínez; su actuación como religioso agustino y como arzobispo de Valencia; con la exposición de algunos aspectos de su espiritualidad que cooperaron a la renovación eclesial de su época. Por último, el tercer apartado está dedicado a presentar el benéfico influjo que el santo produjo a través del siglo XVI y siglos posteriores.

EL HOMBRE, OBJETO DE LA REFLEXIÓN CRISTIANA EN EL SIGLO XVI

El ideal del humanismo es el hombre esencial: el cristiano. Busca a Dios y en el centro de su vida lo encuentra. La espiritualidad cristiana es una incitación a la virtud, a la búsqueda de Dios.

Los grandes místicos cantan la excelencia y dignidad del hombre como señor de sí mismo y del universo, por la perfección de sus sentidos, nobleza de su entendimiento, capacidad de su memoria, grandeza de su voluntad, y omnipresencia del alma en sus potencias (1).

A continuación analizan en extensión y profundidad la semejanza del hombre con Dios por la gracia y las virtudes sobrenaturales, su capacidad de saber y amar, de buscar la verdad, la justicia y la vida sin fin. Sólo Dios les puede hartar. Es hombre de fe esencial, cuyo modelo es Jesús, piensa en una sociedad más justa, en la que Dios sea de verdad el Padre de todos. Es el nuevo hombre,

hijo de Dios, recreado en justicia y santidad, iluminado por la fe, hecho de una misma brisa y un mismo cuerpo que Jesucristo, Dios y hombre. Cristo manifiesta al hombre lo que es el hombre.

Crear que Dios nos ama supera toda racionalidad: “*Nos hiciste semejante a Vos, porque nos hiciste para Vos*”(2).

Dios solo, como ideal de perfección en totalidad, colma el vacío, o déficit, que experimenta el corazón de todo viador. Vida de amor creciente que sólo puede romper la falta de amor. El hombre nuevo perfecto desarrolla todas las potencialidades humanas por encima de cualquier otro proyecto intrascendente, porque al hombre no le hace feliz el dinero, ni el poder, ni el placer, sino el amor. Ni el amor anónimo, despersonalizado, que se abre y cierra en los lindes de lo terreno, sino la personalización máxima, la suma realización de la conciencia personal trascendente. Ella hace al hombre libre, independiente, plural, servidor, humilde de los demás, transmisor de su experiencia y de las grandes realidades que lo traspasan. Creado a imagen de Dios, capaz de conocer y amar, puede incapacitarse para recibir el don de Dios, o valorar el hogar de este mundo en su verdadero ser: ni tan definitivo, que todo concluya en la muerte, ni tan pasajero que lo descuide.

Este ideal compromete a la persona a lo largo de toda la vida. El que lo vive, no se queda a mitad camino, sino que asciende como peregrino al monte del Señor, con conciencia de amor y servicio, con todos los riesgos personales e institucionales, según su propio modo de ser y las necesidades del prójimo, diversas en cada lugar, tiempo y circunstancia.

Este ideal no es pura antropología, ni pura espiritualidad, sino clara situación del hombre nuevo, que integra todo lo divino y lo humano en la propia persona. No cabe el dualismo, sino totalidad compleja integrada. El amor de Dios, por ser trascendente, hace más humano al hombre, lo plenifica y capacita para mejorar. Es la aventura humana más rica, densa y compleja. El hombre nuevo perfecto es una utopía en la tierra, pero tendrá realización plena en la otra vida.

Los autores místicos ofrecen variedad de caminos de ascensión al monte del Señor, que toma distintas denominaciones: Carmelo, Sión, Betel, Moria, Calvario... La universalización del objetivo final no comporta unidad de medios ni de niveles de altura. Cada persona responde de modo peculiar, positivo o negativo. Existen exigencias comunes: esfuerzos en responder a la llamada, disponibilidad total, armonización de voluntad divina y humana. La norma única es Cristo. Las obras místicas se escribieron para los que han tomado la determinación de seguirlo (3).

La mística española alcanza su valoración cuando retorna a sus orígenes primeros al ponerse en relación plena e inmediata con Dios desde sus raíces más hondas.

La realización más alta del hombre es ser Dios por participación íntima en el amor eterno de la vida trinitaria. Los místicos de la Edad de Oro lo repiten sin cesar con fórmulas variadas. Cuando confluye la acción de Dios y la del hombre, entonces lo humano se convierte en divino. Los místicos son hombres de ideas claras. Su fuerza reside en la interior unidad entre pensamiento y vida (4).

Para los místicos la unión con Dios es primordialmente óptica, pero exige preparación moral y tiene consecuencias éticas personales y sociales. Su campo primordial es el interior, pero su término concluye con la acción concreta. Ante la verdad de sí mismo y Dios no caben dualismos, exige entrega total y sin reservas, amor puro y sin condiciones. Sus aplicaciones alcanzan lo social, político, económico, y militar.

Se contemplan los grandes descubrimientos y epopeyas de la época relativizando el dinero, el placer, el poder. “*Solo Dios basta*”. Se enjuicia todo desde la extensión del reino de Dios a todo el universo. Solo así se puede comprender la evangelización de América (5).

La presentación más práctica y permanente del hombre nuevo se encuentra, sin duda, en el deseo y en la voluntad como facultad principal en orden a la perfección y unión con Dios. “*Deseo, desear*”, palabras empleadas con frecuencia por los místicos. La biografía de todo místico es la historia de un anhelo. Solemos desear mucho aquello de lo que nos acordamos mucho. El deseo mueve la voluntad y el alma se mueve por el deseo. El Señor mueve los deseos del corazón tocándolos con su gracia. Estos deseos son muy grandes, y nuestra capacidad muy pequeña (6).

El ansia de Dios solo se saciará cuando se contemple en la gloria, entonces se habrán superado las fronteras del tiempo y del espacio, y se abrazará con la trascendencia. La unión con Dios será siempre un empeño que no puede realizarse plenamente en esta vida. La sed, la caza, el amor humano son símbolo de ese deseo. En la mística española existe un personaje que representa al hombre sin fronteras, que siempre ansía, en lo geográfico, en lo político, en lo humano y en lo divino. Por eso es valiente, audaz, no teme al riesgo. Deja atrás lo que es seguro y se aventura a lo desconocido. Representa al genuino misionero, unos 15000 misioneros en América y Filipinas (7).

El peregrino, el deseoso, se ve reproducido en múltiples personajes que aparecen en las obras místicas del siglo XVI. El mismo san Ignacio de Loyola gusta autollamarse en su Autobiografía “*el peregrino*”. Fracasa en su ideal cortesano, militar y de servicio a los peregrinos en Tierra Santa, a los 33 años toma los estudios como camino apostólico, insiste en peregrinar a la patria del Señor y termina fundando en Roma la Compañía de Jesús (8).

El peregrino siempre en camino como Abraham y Moisés, hacia una tierra

que sólo conoce en promesas. Busca el futuro. Cuando cree tener a Dios, éste se le esconde y retorna la oscuridad de la noche. ¿A dónde te escondiste. Amado?. Por su ideal, Dios solo, lo da todo. El místico se caracteriza por su cohesión interna, no se desdobra, divide o dispersa. Trata de ser él mismo. Trata de buscarse a sí mismo. ¿Cuál es ese ser a sí mismo misterio de la felicidad que se escapa de las manos, cuando ya se creía abrazarla?. Freud dirá, que la satisfacción del placer, Adler, la ansia del poder. Los místicos lo explicarán que es el camino del encuentro consigo. A través de la oración del propio conocimiento descienden a lo más profundo de su ser, a su centro y allí encuentran a Dios, del cual venimos y hacia el cual nos dirigimos, y a los otros hombres que son su imagen, a los cuales Dios invita a servir como a él, amándolos como a nosotros mismos (9) .

Este encuentro con Dios como Padre, y con el otro como hermano en el centro o yo sustancial, ayuda a desarrollar la conciencia de nuestra individualidad y autonomía, nos deifica y humaniza. Cuerpo y alma integrados en el centro o sustancia del ser, constituyen la persona que se une con Dios. El hombre se abre por el cuerpo a lo exterior e interior. En la realización de la unión entra, pues, lo corporal. El amor del místico no es abstracto, ni intemporal, sino entre dos seres en el tiempo y en el espacio. Por él lo eterno se encarna en lo temporal, lo finito en lo infinito.

El humanismo español es la renovación del conocimiento del hombre y de Dios, que se encuentran amorosamente, fruitivamente, en el centro del alma. Esa verdad del hombre, - así la llaman Bernabé de Palma, Laredo, Osuna, santo Tomás de Villanueva, san Alonso de Orozco, santa Teresa de Jesús, Juan de los Ángeles y tantos otros místicos-, incorpora a la herencia tradicional del hombre, como imagen de Dios, la reflexión antropológica interior propia del Renacimiento. Los teólogos de Salamanca y de Alcalá, Medina, Vitoria, Soto, Carranza; los filósofos y humanistas, Fernán Pérez de Oliva, Lebrija..., elaboran sobre ambos extremos y construyen una teología centrada en la naturaleza y en la esencia del hombre y en su modo concreto de existir y realizarse. En la igualdad esencial del hombre fundamentan el derecho internacional y de gentes, la renovación de la moral y de la experiencia mística.

La renovación teológica fue, pues, obra de varias personas e instituciones, y resultado de la confluencia de muchas fuerzas internas y externamente, debidamente entrelazadas. Este esfuerzo supuso lucha y tensión y produjo un extraordinario vigor en la vida cristiana. Esta fuerte vitalidad cristiana tuvo su exponente muy alto en las reformas y en las observancias y en casi todas las manifestaciones de nuestra cultura y arte. Hombres desbordantes de vitalidad y de

espíritu trataron de realizar sus ensueños contenidos de grandes logros y conquistas en todos los órdenes de la actividad (10).

La gestación de este mundo renovado fue larga y dolorosa; los frutos espléndidos en todas las ramas del saber y vivir. Sus artífices fueron grandes pedagogos abiertos a la verdad, fieles a la Iglesia y a la Patria, libérrimos en su interior, con inquietudes reformistas semejantes, de cultura amplísima. El entrecruce de órdenes religiosas, de facultades teológicas ayudará a comprender mejor la universalidad del fenómeno de la renovación religiosa del siglo XVI.

Los teólogos, los místicos, constituyen una parte muy importante de la reforma española. Hicieron compatible hombría y mística, fortaleza humana y espíritu, conocimiento propio y unión extática. Todo ello en sosiego, con gravedad, con austeridad, pero con ímpetu incontenible. Aspiran a realizar ese ideal del hombre nuevo, reformado en su interior y exterior, que con toda la fuerza de la unidad de cuerpo y espíritu, se vence a sí mismo y se transforma en Dios. De ahí la vinculación entre mortificación y perfección. Al verse libre de las ataduras del mundo, el hombre se siente más solidario con sus hermanos, más capaz de reforma. Nuestros grandes místicos: Osuna, Juan de Ávila, Pedro de Alcántara, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Juan de los Ángeles... son a la vez grandes reformadores y hombres de empresa. En esto radica en gran parte su atractivo dentro de la Iglesia y sociedad de aquella época. La reforma constituye el ideal del siglo XVI (11).

Un acontecimiento básico en esta época es la democratización de la perfección y la oración mental, común en todos los teólogos y místicos del siglo de oro español. Comunican sus enseñanzas y experiencias por escrito a todos los cristianos, no sólo a grupos o círculos selectos y reducidos. Para la contemplación, por ejemplo, según ellos, no basta ciencia, se requiere sobre todo experiencia. Los autores de aquella época invitan y ayudan a todos, sin distinción de clases ni niveles culturales a participar de la renovación eclesial de la que son protagonistas. La perfección es un hecho personal a todos. (12).

Esta universalización de la llamada a la perfección es a la vez causa y efecto de una intensa vida interior que trasciende aquella misma sociedad, en especial la española. Ya en 1542 el emperador Carlos V trata con san Francisco de Borja de sus proyectos de mayor perfección, que culminan con la abdicación del trono y su retiro al Monasterio de Yuste del primero y el ingreso en la Compañía de Jesús del segundo. Abundan casos semejantes entonces. Con el deseo de perfección se promueve la austeridad exterior e interior, los estudios universitarios, la oración afectiva. La Compañía de Jesús nace dentro de este contexto. Los franciscanos viven un estilo de vida riguroso, y son grandes misioneros e intensifican progresivamente los estudios. Surge la reforma de las antiguas órdenes reli-

gias y surgen nuevas órdenes religiosas con un talante totalmente nuevo. Rigor externo, amor a la perfección y reforma caracterizan aquel cristianismo.

Son muchos los que desean con seguridad recorrer el camino de la unión con Dios. El amor a la perfección y a sus medios caracteriza el catolicismo de la época.

¿ Cuáles son los procesos o itinerarios para alcanzar este ideal?. Cada místico vive su propia experiencia. “*El Señor lleva a cada uno como es menester*”(13), de modo personal e intransferible, de acuerdo con el don recibido, la propia psicología y la circunstancia o entorno. Los autores hablan de caminos, senderos, carreras, vías, abecedarios, castillos, guías, moradas, ejercicios, subidas. El progreso es considerado como ley natural de desarrollo. Quien no avanza, retrocede. Casi todos distinguen de modo expreso, al menos implícito, las tres etapas clásicas: purgativa, iluminativa y unitiva. La base será la vivencia personal y la experiencia creadora.

El método o camino a seguir fue una de las preocupaciones más señaladas de aquella época. Descubridores, ascetas, místicos, exégetas, literatos, teólogos, artistas y místicos buscan nuevos caminos fáciles y seguros. Los maestros del espíritu y los teólogos no son ajenos a esta inquietud. Se preguntan si existe un arte peculiar de construir, enseñar y vivir la ciencia divina. Este planteamiento crítico implica necesariamente una revisión profunda de lo que hasta entonces se había hecho y que es lo que es más conviene realizar en el futuro. El teólogo debe buscar el dato revelado en la Sagrada Escritura y en la Tradición, deduciendo las conclusiones correspondientes que lleven a defender la fe contra las herejías, iluminar la doctrina de Cristo y de la Iglesia y confirmarla con los avances de las disciplinas humanas, si ello resultase posible (14).

En esta nueva orientación teológica se constata una reacción a la teología excesivamente dialéctica y curiosa, que separaba lo intelectual de lo religioso. Surgió, pues, la oración, la devoción, la mortificación y las lágrimas de arrepentimiento como fundamento de la ciencia teológica. La teología positiva no fue solamente una vuelta a las fuentes, sino que comportaba, además, una orientación ascética, moral, práctica, pastoral y kerigmática. En el campo de la espiritualidad surgieron distintas corrientes con su peculiaridad, con que quería, con ello, expresar su religiosidad y relación con Dios. Todo esto abonó el terreno para crear nuevas actitudes morales y místicas. Surgió una nueva orientación en la formación de los sacerdotes. Se produce el gran movimiento de la observancia con la vuelta a la regla primitiva de las órdenes religiosas. Todo esto ayudó a que se realizase una renovación cuantitativa y cualitativa en la Iglesia.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA Y SU APORTACIÓN A LA REFORMA DE LA IGLESIA

La personalidad y obra de santo Tomás de Villanueva desempeña un papel relevante en la Iglesia del siglo XVI. Es uno de los artífices de la restauración católica. Participa activamente en el quehacer de la Iglesia de aquella época. Notable es su aportación a la reforma de la Iglesia y concretamente de la orden agustina. Significativa es su participación en la espiritualidad española y en la renovación de la predicación cristiana.

Al estudiar la reforma eclesiástica del siglo XVI en España hay que reconocerle como una figura que la fragua y hace posible. Su personalidad hay que encuadrarla dentro de la escuela española del siglo XVI y de la orden agustina. Son muchos los santos, teólogos y místicos que recibieron su influencia primero en la corporación agustina y luego como pastor de la Archidiócesis de Valencia.

La figura y obra de santo Tomás de Villanueva al enjuiciarla en el contexto socio-cultural de su tiempo exige una cierta perspectiva histórica. Al asomarse a los comienzos de su caminar en la Iglesia encontramos los factores que influyeron en los años de su formación en Alcalá de Henares que le prepararon para vivir el estado religioso como agustino en su doble dimensión de formador y gobernante.

I.- Alcalá

Para comprender la renovación eclesial de esta época hay que destacar la figura de Francisco Jiménez de Cisneros: “hombre extraordinario, de grandes dotes y virtudes, que igual reformaba los conventos y promovía climas de espiritualidad como el mejor de los reformadores, como gobernaba su extensa Archidiócesis, presentándose como modelo de prelados”, así también como en cuestiones bíblicas y filológicas rayaba a la altura de cualquier sabio del renacimiento. Con grandes miras supo regir con acierto la nación, “como el mejor de los reyes, mientras que creaba universidades y dirigía campañas militares mirando el bien de la Iglesia de España”(15).

Cisneros, al igual que otros hombres extraordinarios de aquella época, vio el problema en lo teológico y en lo pedagógico, y trató de resolverlo. La tarea que emprendieron era doble: “*crear instituciones formativas y darles una base humanista recia, exigida por el ambiente. Gracias a esta tarea solucionaron por varias generaciones el problema de la dirección cristiana de nuestro renacimiento y dieron a los teólogos un espíritu común de apertura a la realidad, de amor a la verdad, que es el sello distintivo de los españoles hasta después de Trento*”(16).

A este espíritu se debió la creación por Cisneros de la universidad de Alcalá de Henares, que fue plantel de pastores de almas y de teólogos, y que llegaría a ser “*uno de los más espléndidos florones del Renacimiento español*”. Con su nueva fundación deseaba Cisneros que la teología determinará la orientación de toda la ciencia de aquella época. Será la teología la que dará la razón misma del ser: “*A su servicio se colocan las cátedras de lenguas (humanismo) y de artes, y se hermanan teología y humanismo*”(17).

Esta generación con Cisneros hizo posible la puesta en marcha de la universidad, “se caracteriza por la actitud de búsqueda de la verdad y la superación del espíritu de escuela, encarnada en la apertura confiada al pluralismo de las tres vías: tomismo, escotismo y nominalismo; en teología espiritual, con la concepción de la unión con Dios como arte y la iniciación de las vías de la oración metódica, recogimiento, alumbramiento, beneficio y cristianismo evangélico; en Sagrada Escritura con la crítica textual, el contacto con el texto depurado de la Biblia y el camino abierto hacia la moderna hermenéutica, gracias a las cátedras de lenguas, al Colegio Trilingüe de Alcalá y a la Cátedra de Biblia de Salamanca”(18).

La Biblia Políglota será la magna empresa que llevará a cabo en Alcalá. Al ofrecer el texto de las lenguas orientales puso las bases de la renovación de los estudios bíblicos y teológicos. Tal publicación producía una impronta renovadora en la vida eclesial de aquellos tiempos (19).

Esta universidad fue un despertar para toda España, estando en plena armonía con el movimiento espiritual europeo de la Italia Renacentista,

“amiga de filósofos y humanistas; del París de Lefevre y Bydé.” “Todos los principales profesores, entre los que figuran: Ciruelo, Santo Tomás de Villanueva, Juan de Medina, San Juan de Ávila, Domingo de Soto, Carranza, Pedro de Soto, Luis de Carvajal, Alonso de Castro, Francisco de Osuna, Alfonso Salmerón, Diego de Lainez... coinciden en la preocupación por el retorno a las fuentes, el método, la espiritualidad bíblica y afectiva”(20).

ALCALÁ Y TOMÁS DE VILLANUEVA

Por el año 1486 nació Tomás de Villanueva en Fuenllana, a donde se habían trasladado sus padres, Tomás García y Lucía Martínez Castellanos, desde la vecina Villanueva de los Infantes, en tierras de la Mancha, donde vivían y de donde se tuvieron de ausentar por una epidemia que afectaba a esta Villa. En ella vivió el santo sus primeros años de infancia donde, al calor del hogar paterno, fue creciendo guiado por las enseñanzas que fueron imprimiendo en su persona sus padres, mediante la palabra y el ejemplo (21).

Bien pronto llegó a la universidad de Alcalá de Henares. El 7 de agosto de 1508 consta que ingresó en el Colegio Mayor de San Ildefonso. En diciembre de 1509 obtuvo el grado de doctor en Artes, después de las ejercitaciones que prescribían en el caso. El mismo año comenzó el estudio de la teología, que concluyó en 1512, año en que inició su docencia (22). Varios testigos dan fe de la competencia con que desempeñó su magisterio. Entre sus alumnos se encontraba Domingo de Soto, insigne en religión y letras (23). Mientras, con todo ello, va realizando su rica personalidad, que se dará a conocer en la misión que el Señor le va a encomendar en la Iglesia.

La universidad de Alcalá aparece innovadora en España, sobre todo por su Facultad de teología, que muestra unos estudios abiertos a todas las tendencias en la Iglesia, en contraposición a las estrechas miras de escuela que habían existido hasta entonces. Tres eran las cátedras donde se impartía esta materia: la cátedra de Prima de Santo Tomás, que regentaba Pedro Sánchez Ciruelo; la cátedra de Escoto, que tenía por catedrático a Fernando de Burgos y la cátedra de nominales o Gabriel Biel, que tenía por catedrático a Gonzalo Gil "*hombre de gran erudición y prodigiosa memoria*"(24).

Tanto las ideas doctrinales que expone Gonzalo Gil, comentando a Gabriel Biel, que es la doctrina que en aquellos años está en boga, como la doctrina expuesta en la cátedra de Pedro Sánchez Ciruelo, se encuentran reflejados en los escritos de Tomás de Villanueva, que manifiestan la influencia que había recibido de sus maestros en su tiempo de estudiante en la universidad de Alcalá (25).

Como colegial del Mayor de San Ildefonso recibe la formación que se imprime en este centro docente. Cisneros al fundar dicho colegio buscaba primordialmente formar hombres de Iglesia, de ahí que las constituciones que promulgó perseguían el fin de que los miembros del mismo colegio adquirieran una responsabilidad, asumiendo una tarea comprometida en la renovación de la Iglesia y de la sociedad.

Se reglamentan las constituciones con una disciplina propia de monjes. Los primeros años- que corresponden a la estancia del santo en el colegio- se distinguen por la regularidad en la vida y una discreta y distinguida sobriedad.

Todo se procuraba que estuviese amasado por una intensa vivencia espiritual que marcaba en el colegio un ambiente monacal (26).

La lectura formativa como elemento muy importante también se reglamentaba. Reconociendo, pues, Cisneros la importancia que tenía la lectura en la formación, recomendaba que se vigilase la conservación y el aumento de la biblioteca: "*en nuestro colegio mandamos y disponemos que haya suficiente número de libros*", es lo que había dispuesto en las mismas constituciones (27).

Otros detalles prescribían las constituciones que tendían a ir formando a los colegiales en una madurez cristiana. Así las constituciones eran muy precisas sobre la comida, orden de sentarse a la mesa, el modo de servir la comida, elección de habitación, clausura y prohibición de pernoctar fuera del colegio (28).

Todo con la intención de ir formando al interesado para que fuera adquiriendo plena responsabilidad. Un ambiente espiritual en Alcalá es lo que había deseado su fundador, el cardenal Cisneros.

En este ambiente se forma Tomás de Villanueva. Luego a través de su itinerario como religioso y como obispo, demostrará la recia formación adquirida en la Universidad Complutense. Lo manifestará con la claridad y precisión de una mente vigorosa, con el peso de su ciencia y de su prudencia, con el vigor de su temperamento resolutivo y valiente.

Y esa educación, curtida en el ambiente reformado del Colegio de San Ildefonso, la continuará y desarrollará en el alto clima espiritual que encontrará en el convento de San Agustín de Salamanca.

Sus ideas y vivencias desarrolladas en los años de su juventud, que culminan con la decisión de abrazar la vida religiosa, hay que encontrarlo en los formadores y autores que conoce durante sus años de estudiante universitario (29).

Figuras de gran calidad humana y espiritual desfilan ante sus ojos, durante este período tanta importancia en su formación cristiana. Eran conceptos y vivencias dentro de una línea de renovación eclesial.

Las corrientes espirituales de la observancia religiosa se dejan sentir con los escritos de Lope Salazar. Todo dejará sentir su influencia en el pensamiento de nuestro santo (30).

Y como eje de todo ello, el sacerdote Fernando de Contreras. Gran parte de los años de estancia de nuestro santo coincidirán con el cargo de capellán de este sacerdote en el colegio de San Ildefonso. Dos almas aunadas en un mismo ideal, quedaron compenetradas.

Conectaron porque su espíritu era similar. Y a través de los testimonios que parecen en el proceso de beatificación y canonización de Fernando de Contreras se muestra la admiración que el santo de Villanueva de los Infantes siente por las virtudes y espíritu de este sacerdote (31).

Todo ello irá concienciando a nuestro santo, durante su estancia en Alcalá, y le irá preparando para la misión que iba a asumir en la regeneración de la Iglesia de su tiempo.

En el afán por alumbrar una Iglesia que respondiera más a las exigencias del Evangelio, urgía que surgieran hombres de Iglesia con talante evangélico, prontos a responder a las esperanzas que se ponían en ellos.

RELIGIOSO AGUSTINO

Tomás de Villanueva ha captado la limpieza del servicio del Señor. Ha dedicado muchas horas al estudio y a la reflexión. No le es difícil descubrir lo que Dios quiere de él. Cuando con generosidad se deja que la voluntad del Señor se manifieste, pronto se da a conocer aclarando dudas y vacilaciones.

Nuestro santo se quiere dar al Señor y elige el claustro, donde podrá vivir la donación a Dios por medio de los consejos evangélicos. A pesar de la carencia de datos sobre esta decisión encontramos un poco de luz en lo siguiente:

“Siendo de edad de 29 a 30 años, pareciéndole la Orden de Nuestro Padre San Agustín muy conveniente a sus deseos, por ser la regla de este gloriosísimo Doctor- aunque todos lo son- tan santa y ejemplar y ajustada a la perfección evangélica y vida de los santos apóstoles, que fueron los primeros religiosos de la Iglesia, y la observancia de esta Orden, puesta en un buen medio, que ni de pesada o rigurosa excedía a sus fuerzas, ni de menos de libre o floja entibiara su devoción, decidió entrar en ella”(32).

San Agustín en la vida monástica había introducido como elemento original y con ello el más atrevido y más fecundo de todos: el sacerdocio. San Agustín rehuía el sacerdocio como una gran responsabilidad, pero cuando a pesar suyo, debió aceptarlo- porque según él, *“el siervo no debe contradecir al señor”*- no quiso privarse de las ventajas de la vida monástica; es más, tuvo la pronta intuición de que en ella había una gran fuerza, un gran secreto para la fecundidad de la vida apostólica, y juntó atrevidamente, el ideal monástico y el sacerdocio; llegó a obispo y permaneció monje. Hizo del episcopio, un monasterio y llevó vida común con sus clérigos, hechos también religiosos (33).

Prescribía el santo obispo de Hipona a los religiosos el no preferir la vida contemplativa a las necesidades de la Iglesia, enseñando con el ejemplo cómo se puede ser sacerdote y permanecer monje.

La innovación agustiniana se revela sumamente fecunda. Infundía en el instituto monástico un espíritu nuevo, el espíritu del apostolado, la sensibilidad por las necesidades de la Iglesia. Además esta iniciativa agustiniana echaba las bases de la renovación de las costumbres del clero.

El pastor de almas es un hombre que distribuye al pueblo el sacramento y la palabra de Dios, es, pues, ese concepto de servicio una lógica consecuencia del concepto de ministerio. Ser útil, pues, a la Iglesia: *“porque el clericalato es para su pueblo, Dios lo coloca sobre los hombros, más como carga que como honor”*(34).

Esa fidelidad al ministerio determinará la vida del sacerdote. Se prepara al mismo sacerdocio con la oración y el recogimiento, signo de santidad y ciencia,

imprescindible a un pastor de almas, y es lo que nuestro santo irá aumentando tras ingresar en el claustro agustino salmanticense.

Junto a la formación irá adquiriendo nuevos conocimientos. Era un deber inherente a su condición de religioso.

Durante los primeros tiempos de su vida religiosa *“ejercitó..., muy atenta lección de libros santos y devotos, particularmente del bienaventurado San Bernardo, a quien fue muy aficionado y muy parecido en el ingenio y espíritu, como se vio después en sermones y pláticas”*(35).

1.- Religioso formador

Ya sacerdote Tomás de Villanueva pronto comenzó a irradiar la luz del Evangelio por todas partes. El recuerdo de las palabras de san Agustín le llevó a tomar una actitud de servicio a la Iglesia, servicio que a partir de aquel momento será su nota peculiar:

“Si la Iglesia reclama nuestro concurso... No antepongáis vuestro ocio a las necesidades de la Iglesia, pues si no hubiese buenos ministros que se determinasen asistirle, cuando ella da a luz, no hubiésemos encontrado modo de nacer”(36).

La rigurosidad comenzó a exigírsela a sí mismo desde el primer momento. Ya no pertenecía a sí mismo, sino a la Iglesia. Sus necesidades se le iban a presentar como propias.

El convento de Salamanca había sido siempre Estudio General. Concretamente en el Capítulo provincial de Castilla, celebrado en Arenas de San Pedro (Ávila), el 30 de mayo de 1511, dispone que en dicho convento se lean continuamente Artes y Teología (37).

No es de extrañar que nuestro santo, con el bagaje cultural que traía a la religión, fuese invitado a impartir sus conocimientos teológicos. Al hacerlo no sólo acudían a sus clases los religiosos de la casa, sino también muchos estudiantes que acudían de la universidad. Y siempre en su magisterio siguió la doctrina de santo Tomás de Aquino (38).

A este ministerio tendrá que unir pronto otros. Los superiores prestamente le llamaron para que se dedicara a la predicación de la palabra de Dios. Los efectos que se iban produciendo con su actuación fueron de renovación cristiana, no sólo en la ciudad de Salamanca, sino también en todos los pueblos de la comarca. Ya que de todas las poblaciones acudían a oírle: *“Y ningún hombre que le oía, que no quedase mudado, inflamado y encendido en amor de Dios. Salían*

de sus sermones como pasmados, mirándose unos a otros, atónitos de la facultad con que enseñaba..., ya que conmovía a verdadera compunción y lágrimas, y a esperanza y alegría interior”(39).

Pero no sólo con la predicación, sino en todo momento procuraba transparentar su condición religiosa y sacerdotal. Muchos acudían a él para recibir la orientación oportuna:

“Admiraba a todos en común la doctrina que predicaba, pero las personas de calidad lo que más ponderaban y estimaban en él era su prudencia y los consejos tan acertados que con ella daba a todos”(40).

La renovación espiritual por su actuación ministerial no tardó en dejarse sentir. El padre Tomás Herrera en su *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca*, lo narra como un acontecimiento que dejó huella por tiempo en aquella sociedad. Tan grande fue el efecto que produjo su predicación que los jóvenes universitarios, abandonando su estado seglar, ingresaban en gran número no sólo en los monasterios de la ciudad de Salamanca, sino también en los conventos de los pueblos de la comarca.

Durante los años que reside en Salamanca nuestro santo, como prior, 1519-1521, la primera vez y 1523- 1525, la segunda vez, tal renovación religiosa se constata en la ciudad del Tormes y comarca y se experimenta en el monasterio con una espléndida floración vocacional.

Según los datos que hemos podido disponer, de los religiosos que durante este tiempo ingresaron en la orden agustina o profesaron en sus manos, seis llegaron al episcopado, o, propuestos para este cargo, no aceptaron: Juan Suárez, obispo de Coimbra (Portugal); Agustín Gormaz, llamado de la Coruña, obispo de Popayán (Colombia); Juan de Muñatones, obispo de Segorbe; Francisco de Nieva, propuesto para el arzobispado de Granada, no aceptó; Juan Estacio, obispo electo de la Puebla de los Ángeles, en Méjico y Hernando de Castroverde, obispo electo de Jaén.

Otros marcharon a misiones a evangelizar. Además de algunos de los que se han citado, como propuestos para el episcopado en tierra de misión, se pueden añadir: Agustín de Balmadseda, “*santísimo varón que murió en las Indias*”, conovicio suyo; Jerónimo Jiménez de Santisteban; Juan Bautista Moya y Alfonso de Borja, que misionaron durante muchos años en Méjico; y por último san Alonso de Orozco, que habiendo solicitado pasar como misionero a Méjico, espero en vano en Gomera (Canarias) durante un año, para que un barco lo llevase a Nueva España.

Otros religiosos llegaron a ocupar cargos de responsabilidad, como su con-

novicio Alonso García, llamado también de Madrid, que fue dos veces provincial de España y Andrés de Ávila, provincial de Andalucía.

Y esta misma labor la continuó realizando estando al frente del priorato del convento de Burgos, 1531- 1534, la primera vez; 1537- 1541, la segunda vez. En su primer mandato dio la profesión a trece religiosos, de ellos conocemos los nombres de Nicolás de Ezcarrona, religioso de mucha virtud y Pedro del Castillo, que ingresó en la orden siendo ya sacerdote, luego marchó a las misiones de Méjico.

En el segundo mandato, como prior de Burgos, Tomás de Villanueva dio la profesión a otros trece religiosos. Conocemos los nombres de tres de ellos, que fueron ilustres misioneros: Andrés Salazar, Nicolás de Tolentino y Nicolás White de San Pablo.

Estos datos indican de algún modo la formación que daba nuestro santo. En los primeros años de su vida religiosa atendió particularmente a los religiosos en el período de su formación. Forjó prácticamente una escuela de formación monástica y sacerdotal.

Y esto lo realizó con gran ecuanimidad pastoral, como afirma el padre Tomás de Herrera:

“Principalmente guardaba lo que nuestro Padre San Agustín encarga a los Prelados que guarden: tengan paciencia con todos, y amonesta que templen la modestia con la severidad de una autoridad completa. Atendía con cuidado las necesidades de todos; lúcido en la liberalidad, dando luego con gusto lo que convenía que se diese. Parecía en particular que ardía todo en caridad”(41).

Con todo lo expuesto hemos visto cómo en la vida de nuestro santo se inicia un capítulo en los albores de su vida religiosa. Comenzó cuando llevaba tan sólo poco más de un año de profeso y seis meses de sacerdote, en que es nombrado prior del convento de Salamanca. Dio a su sacerdocio un talante peculiar dentro de las estructuras eclesiales, y concretamente dentro del estado religioso en que vivió. Con su disponibilidad incondicional tendió a hacer el bien a la Iglesia en todos sus estamentos y a la orden que pertenecía de un modo especial.

2.-Religioso gobernante.

El 14 de mayo de 1519, a los dos años de profesión religiosa y seis meses de sacerdocio, en el capítulo provincial en Valladolid, Tomás de Villanueva es nombrado prior del convento de Salamanca.

Desde el 31 de octubre de 1521, siendo prior de Salamanca, tiene que asumir una responsabilidad mucho mayor, al ser nombrado Visitador general, para presidir el capítulo de la provincia de Castilla, y al mismo tiempo visitar los conventos de dicha provincia, estudiar y resolver los problemas que pudiesen afectar a las comunidades y a sus miembros. Su actividad pastoral, pues, se acrecienta ante su celo.

El 20 de mayo de 1527 vuelve a ostentar, esta vez junto con el padre Juan Gallego, el cargo de Visitador del capítulo provincial, celebrado en Dueñas. En él a causa de la gran extensión que abarcaba la provincia de España se dividió en dos provincias, la de Castilla y la de Andalucía, siendo nombrado Tomás de Villanueva primer provincial de esta última provincia (42).

Como Visitador recorrió las casas desde Navarra hasta Sevilla y desde Galicia hasta Murcia. Durante los años 1527- 1529 tuvo que visitar de nuevo las casas de la orden, situadas al sur del río Tajo. Desde 1534 al 1537, al ser nombrado en 1534 provincial de Castilla, tuvo que recorrer de nuevo las casas que se encontraban al norte de Toledo. Toda esta actividad le llevó a tener que pasar por muchos pueblos y conocer y tratar a muchas gentes. Trató con obispos, eclesiásticos, príncipes, gobernantes, religiosos, personas sencillas del pueblo y en todos dejó el buen recuerdo de su plena convicción evangélica y entrega a su vocación sacerdotal y religiosa (43)

Nuestro santo vive unos momentos cruciales de la historia de la Iglesia y de la sociedad. Un mundo en cambio en que el obispo, era considerado como un magnate. Gran parte de las tierras y campos eran propiedad de la Iglesia. Un ambiente en que crecía la ambición, los intereses se encontraban con frecuencia, de lo que no escapaban los mismos monasterios y sus religiosos. La corrupción de las costumbres entraba en los mismos conventos. La observancia religiosa decaía. Los religiosos con frecuencia se encontraban inmersos en muchos peligros. (44).

Nuestro santo ve que estos males tienen su origen en las motivaciones de la misma vocación. En un sermón predicado en la fiesta de Todos los Santos, dirigiéndose a los religiosos afirma:

“Muchos no tienen espíritu de religión; vienen a la vida religiosa, no por la salvación del alma, sino por la necesidad del cuerpo, no adoran a Dios, sino a su vientre”.

“No serían clérigos o monjes, si no fuera por el pan. Estos no buscan a Cristo, sino a su propio vientre”(45)

Ante tal actitud deducía cuál era el comportamiento que adoptaban los mismos religiosos:

“Mira a los monjes, abandonando a los claustros, vagando en medio de la ciudad, implicados liberalmente en otros negocios”(46).

O indicaba también que al no tomar las debidas precauciones naufragaban en la perseverancia de la vocación:

“He aquí que un religioso camina adecuadamente, pero se le presenta la ocasión de salir del monasterio, y perece: cayó en el lazo que le tendió el diablo. Otro, mientras se dedicaba a recoger limosnas y a otras buenas obras, se adhiere a la mujer que había favorecido e igualmente cae”(47).

Nuestro santo ante estas situaciones presenta los consejos que hay que observar para evitarlas, diciendo:

“Pensad, religiosos, en el campo del Señor, día y noche hay que ejercitarse en la piedad, en la oración, en las lecturas y las meditaciones, alabando constantemente al Señor; trabajáis en el campo del Señor y con el ejemplo de la vida, y con la palabra de la salvación sembráis; os lo aconsejó, lo sé, os incitarán a que abandonéis en nombre de Cristo la vida religiosa; que la abandonéis despreciando el celibato, buscando mujer e implicados en los asuntos mundanos. No lo creáis”(48).

Al hablar a los religiosos les presenta que el estado monástico es el más excelente de todos cuantos puede vivir el cristiano:

“Ningún mayor consuelo, ninguna delectación más agradable que servir a Dios. La vida religiosa es quieta, tranquila, segura, delectable, hermosa, razonable, amable y agradable”(49).

El estado religioso es un medio de santificación. El santo subraya que es una gracia que concede Dios a sus predilectos:

“¡ Cuánta Gracia la de los muchachos y muchachas que, abandonando el mundo en los años que suelen dedicarse a los juegos, vanidades y lascivias. Y con las oraciones, vigiliias, ayunos y alabanzas de este modo se ocupan!. Los cuales, por Dios son prevenidos con bendiciones de dulzura, para que no vean y sientan la corrupción y vanidad; como ángeles de cielo, en pureza y simplicidad del mundo alejados, viviendo toda la vida en el claustro, luego partan de la celda al cielo”(50).

En contraposición a lo que el mundo ofrece el santo llega a decir:

“Nosotros, hermanos, nos debemos aplicar esta comparación, a los que del flagrante incendio de este siglo... nos ha librado la divina misericordia,

estableciendo a nuestros pies, pues, este espacioso lugar, para que podamos ascender a la cumbre del monte del Señor”(51).

Y todas estas palabras con que el santo daba a conocer la vida religiosa la glosaba con consejos prácticos en su visita a los conventos de su jurisdicción. Lo primero que se debía tener en cuenta era “*el culto divino, declarando como consiste en la atención y devoción interior del corazón, con que se debe celebrar la misa y decir el oficio divino y aseo de los altares, diciendo y afirmando, importa tanto el cuidado en esto, que no dudaba ser la puerta, por donde se les entra en los Monasterios todo bien y son favorecidos los particulares con grandes misericordias del cielo*”(52).

Tema interesante que bien merece que le dediquemos alguna atención. Daba prioridad en la vida monástica al culto, centrado en la celebración de la Eucaristía y en el oficio divino, que son la oración oficial de la Iglesia. Insiste en que ambas cosas hay que realizarlas con dignidad, para ello pide en primer lugar una actitud interior. Sin esa disposición, poco bien se podía realizar. Era una preocupación que constantemente le urgía.

Deseaba, por ello “*que los frailes hiciesen más caso de lo interior, porque sin ello lo exterior no hace frailes verdaderos*”(53). Y es que sólo en la actitud interior cabe el encuentro con Dios, y al conseguir ese encuentro personal es cuando se dará un paso hacia la conversión interior y con ello asemejarse a Cristo.

Pero el ambiente, si no es el todo en la vida espiritual, por lo menos ayuda a crear el clima propicio para suscitar el espíritu de conversión. De ahí que nuestro santo trabajará para crear una atmósfera de silencio y de paz, como condición para conectar con lo que se celebraba. Y junto a ello, pedía que se tuviera en cuenta la recitación correcta del oficio divino: para que aquello que se pronuncia sea la adecuada expresión de su contenido.

Y este ambiente que deseaba, no sólo lo exigía en la celebración del culto divino, sino en todos los actos que debía el religioso realizar durante la jornada: estudio, trabajo y convivencia, como medio para llegar a vivir más intensamente la unión con Dios.

Y todo esto lo veía en conexión con la dimensión que refleja claramente el aspecto de mediación, realizado a través del ministerio sacerdotal, ya que “*no dudaba ser la puerta, por donde se les entraba a los Monasterios todo bien*”.

Los religiosos, pues, que cumplían con todas estas prescripciones eran los primeros en beneficiarse, pero no de un modo exclusivo. Todo lo que realizaban tenía un matiz de propiciación. Ya que con sus deseos de perfección “*son favorecidos los particulares con grandes misericordias del cielo*”(54). O sea, que

con todas sus oraciones y cuanto realizaban debían de tratar de llevar las gracias de la Redención al pueblo cristiano. Y esta disposición y convicción de sentimientos los manifestaba Tomás de Villanueva en todas sus actividades. En el proceso de canonización, un testigo, a propósito de esto, afirma:

“Procuraba que sus religiosos, aún siendo Prior como Provincial lo fuesen de veras, y a los seglares con quien trataba les comunicaba que amasen perfectamente a Dios Nuestro Señor... Todo su trato, comunicación y doctrina era de un hombre muy ejemplar y que mostraba grandes deseos de que las almas de los fieles cristianos se aprovecharan”.

El santo “vino a ser prior de esta y casa y monasterio de San Agustín de esta ciudad (de Burgos) y a otro de esta provincia las había hallado algo relajadas y con su buena doctrina y ejemplo las había reformado. Lo cual permanece al presente y ha permanecido después acá”(55).

Y en este deseo de hacer el bien, no hubo campo, que fuese de su incumbencia, que no fuera atendido. Así, siendo provincial envió varios religiosos, presididos por el padre Jerónimo Jiménez de Santisteban, a misionar a las tierras de Nueva España (56). Y el mismo emperador Carlos V quiso beneficiarse de sus valiosos consejos, pidiéndole con frecuencia que le orientase en asuntos difíciles de solucionar (57). Todo lo atendió con verdadero espíritu evangélico.

En el estado a la vida religiosa, nuestro santo, descubrió una razón profunda y decisiva de su llamamiento a la santidad. Y por medio del poder de Jesucristo recibido en el sacramento del orden se ponían a su disposición otros medios de santificación; a su virtud todo ello le señaló un nuevo campo de ampliación, por medio de los cauces que le presentaban sus obligaciones y deberes como superior y religioso de la orden agustina.

Pasará del estado monástico al episcopal, del estado de buscar la perfección cristiana al de la perfección adquirida y por medio del ministerio episcopal vivirá la caridad con la mayor perfección posible.

III.- Arzobispo.

Propuesto por el emperador Carlos V, Tomás de Villanueva es nombrado por el papa Paulo III, el 10 de octubre de 1544, arzobispo de Valencia (58).

Urgía que hubiese en la diócesis de Valencia la atención pastoral adecuada, como clave de una verdadera reforma eclesial y punto de batalla entre dos mundos: el de la nueva mentalidad religiosa profundamente animada por un ideal apostólico e impulsada a la acción efectiva – que protagonizará Tomás de Vi-

llanueva con su llegada a Valencia como arzobispo- y el mundo decadente medieval, aún adormecido en formas culturales, políticas, sociales y religiosas ya superadas, o, en el mejor de los casos, amenazado de componendas peligrosas en medio de un mundo pagano (59).

El eje de la actuación pastoral de santo Tomás de Villanueva ya estuvo en la práctica de las virtudes sacerdotales y religiosas con el desempeño de su ministerio pastoral, con una gran entrega y servicio incondicional. Imagen viva del Evangelio. Representa a Jesús, Buen Pastor. Dio una prioridad a los sacerdotes. Las medidas que tomo para atenderles fue la indulgencia y comprensión. Les hablaba con dulzura. Con mansedumbre y amabilidad les manifestaba el amor de Dios. Su tarea pastoral dedicada a los eclesiásticos, durante su pontificado después de muchos trabajos y desvelos produjo sus frutos.

De la misma manera se preocupó del pueblo fiel. Era conciente de que el pastor en la Iglesia se debe sentir responsable de la salvación y mayor santificación de sus encomendados. La predicación del Evangelio ocupó la primera tarea de su pastoreo. Se adaptaba a su auditorio, procuró que estuviese avalada por la integridad de su vida y por las obras de la caridad. Dio mucho, pero aún dio algo más importante, que es el amor y afecto con que lo realizó. A todos recibía, especialmente a los que acudían suplicándole favores y socorros a los que atendía de un modo especial. Fue pródigo con todos; con los eclesiásticos, a los que atendía con gran generosidad; a los pobres; a los niños abandonados; a los jóvenes, a los que ayudaba para que tomasen estado. Su dadivosidad fue tan grande que prácticamente durante su pontificado, desaparecieron todas las necesidades materiales que pudiesen haber en Valencia, así lo reconocía, después del fallecimiento del Santo Arzobispo, el jesuita Luis Beuter, desde Valencia, en una carta, con fecha del 29 de diciembre de 1555, escrita a san Ignacio de Loyola.

Largamente se podría tratar sobre este aspecto tan importante de la vida y ministerio de nuestro santo pero lo tenemos que omitir por las limitaciones de este estudio.

Santo Tomás de Villanueva se sirvió de los medios que tuvo a su alcance para su trabajo pastoral, pero siempre en plena línea apostólica. Entre otros podemos destacar el Sínodo diocesano que celebró en 1548, el Memorial que presentó en el concilio de Trento y la fundación del colegio mayor de la Presentación de Nuestra Señora en el Templo.

Tomás de Villanueva, como arzobispo de Valencia, convocó un **Sínodo diocesano** en 1548, para reformar las costumbres del clero y de los fieles de la diócesis, con objeto de proyectar un programa pastoral por medio de sus constituciones.

El objetivo principal que indica el proemio de las constituciones sinodales, lo expresa al decir que se convocaba: “*para abolir los abusos de los eclesiásticos y del pueblo, y para instaurar las buenas costumbres*”(60).

El Sínodo consta de veintidós constituciones, en ellas se decreta minuciosamente cuanto concierne al culto, administración de sacramentos, costumbres, honestidad, residencia del clero y cumplimiento de las cargas benéficas (61).

El Sínodo es uno de los pilares en que Tomás de Villanueva quiere que se cimiente la reforma de la Iglesia. Elabora un plan de reforma del estado eclesiástico. Trata de reconstruir la fisonomía moral y externa de los eclesiásticos. Tiende a dar una orientación pastoral y presenta una programación de unidad y cohesión.

El concepto que presenta Tomás de Villanueva, particularmente en el Sínodo diocesano es dinámico. No se detiene en una esfera meramente doctrinal, sino que proyecta la figura del sacerdote a la acción.

Recién nombrado nuestro santo y cuando todavía no había tomado posesión de la diócesis de Valencia, el papa Paulo III, con la bula “*Laetare Jerusalem*”, el 19 de septiembre de 1544, convocaba **el concilio de Trento** (62).

Respondía al anhelo de la cristiandad que deseaba que se celebrase un concilio para resolver los problemas que le afectaban.

Tomás de Villanueva veía que sólo la reforma de la Iglesia y de las costumbres del pueblo cristiano podrían atajar el mal que se cernía sobre la misma Iglesia. Y esto sólo se podrá conseguir si el papa y el emperador convocaban un concilio. Así lo manifestó en más de una ocasión en su predicación.

Sin embargo Tomás de Villanueva no asistió a dicho concilio, no obstante iluminó con sus consejos a varios obispos, que antes de ir a Trento, pasaron por Valencia, con el fin de ponerse de acuerdo sobre algunos puntos fundamentales, y especialmente influyó con **el Memorial** que envió. A través de las intervenciones de algunos padres conciliares se da a conocer igualmente el pensamiento de nuestro santo (63).

A pesar de que nuestro santo estuvo ausente en el concilio, privándole de sus valiosas aportaciones, hay que reconocer que puso todo su entusiasmo para que su celebración tuviese realidad.

Su aportación fue mucho más efectiva de lo que hasta ahora se ha supuesto. No sólo por el Memorial que remitió al concilio, por medio de su procurador, el obispo de Huesca, Pedro Agustín, sino también porque en los decretos de reforma está latente su pensamiento y acción pastoral y en algunos momentos de un modo clarividente.

Tomás de Villanueva llevó a cabo en su diócesis una profunda reforma eclesiástica. Pero hacía falta una base jurídica, lo suficientemente amplia, que la

respaldase. De este modo, la acción pastoral podrá ser más eficiente. Y esto es lo que pretendía en las normas legisladas para el Sínodo diocesano y por los artículos que elevaba en su Memorial para que se estudiasen en los debates conciliares de Trento.

En la historia de la formación para el sacerdocio hay que destacar la figura del Santo Arzobispo de Valencia. Al tratar la vocación sacerdotal, se constata en el santo, una inspiración profunda, que no es otra que su gran amor a Dios, su apasionado afecto a la Iglesia, a los sacerdotes y a todas las almas.

La solución al problema de la formación del clero fue la creación de seminarios y colegios mayores y menores debidamente rentados en que jóvenes de valer y sin recursos económicos pudieran dedicarse por completo a su preparación sacerdotal.

El colegio de San Bartolomé de Salamanca es el centro educativo de más brillante historia pedagógica de toda Europa. Modelo de todos los colegios que posteriormente se fundaron en España. Junto con el colegio de San Ildefonso de Alcalá – del que Tomás de Villanueva forma parte de la primera generación como colegial – influirá en la erección del colegio que el santo funda en Valencia.

La influencia de las constituciones de ambos colegios en la fundación tomastina será notoria, teniendo que añadir la impronta monástica que imprimirá como religioso agustino a todo el ambiente del mismo colegio (64).

Con la fundación del **Colegio de la Presentación de Nuestra Señora en el Templo**, Tomás de Villanueva sueña con repoblar la Iglesia, y especialmente la diócesis de Valencia, con sacerdotes ejemplares, instruidos para el apostolado, y aureolados con la ciencia sagrada.

El santo coloca el colegio bajo la advocación de la Presentación de Nuestra Señora en el Templo, porque en el día de su fiesta, el 21 de noviembre de 1516, había ingresado en la orden agustina (64).

Las constituciones, compuestas de trece capítulos, destacan por el régimen de auto- gobierno, armonización perfecta del principio de autoridad con los fueros de la libertad y el reconocimiento del valor de la persona.

El objetivo principal del colegio es preparar a los sacerdotes para que realicen el ministerio sacerdotal con ejemplo y competencia doctrinal en la cura de almas y en su predicación en la diócesis de Valencia.

La proyección pastoral que imprime Tomás de Villanueva al colegio mayor de la Presentación de Nuestra Señora, puede tomarse como válida en el día de hoy, ya que muchos de los conceptos que presenta en sus constituciones pueden considerarse aún actuales para la formación de los candidatos al sacerdocio ministerial.

Con esta fundación se adelantaba a la iniciativa del concilio de Trento que

ordenaba la erección de seminarios en cada diócesis, Se adelanta, pues, a los acontecimientos y con su nueva fundación hace brillar nuevos métodos en el humanismo y en la espiritualidad.

A través de la exposición que hemos realizado sobre la aportación de santo Tomás de Villanueva a la reforma de la Iglesia en el siglo XVI encontramos una voz clara que trabaja y lucha por conseguir un ideal en medio de una época necesitada de reforma. La imagen que del sacerdocio quiere crear el cardenal Cisneros en la universidad de Alcalá de Henares contribuye a que en los años de colegial de San Ildefonso se forje en Tomás de Villanueva un ideal sacerdotal que luego completará y desarrollará como religioso agustino.

Como religioso agustino y sacerdote vive y hace vivir el estado religioso y el sacerdocio lleno de virtudes evangélicas. No hay aspecto del apostolado en el que no sea requerida su solicitud pastoral – forjador de religiosos, predicador, moderador de su orden- donde no deje su impronta sacerdotal.

Todo ello y sus contactos providenciales con figuras eminentes en el estilo evangélico de su sacerdocio, le van creando la imagen del pastor, que, como arzobispo de Valencia, vive y procura hacer que vivan sus encomendados.

La actitud de servicio caracteriza toda su existencia, incondicionalmente puesta a disposición de todos. La intensidad con que vive su sacerdocio es la mejor explicación de su magisterio.

Si bien fue esporádica su aportación, no debe de dejar de reconocerse su decisiva importancia, ya que con su actuación esboza las líneas de una nueva orientación en la acción pastoral. Enemigo de innovaciones sin fundamento, no obstante supo conjugar admirablemente la tradición con la renovación que los tiempos en que vivía trajeron consigo. Esta conciencia común de optimismo y renovación dentro de un alto sentido de fidelidad a las verdades reveladas, hizo que nuestro santo las proyectase hacia el futuro con el anhelo de ir edificando una Iglesia y una sociedad que cada vez estuviese en mayor consonancia con las enseñanzas del Evangelio.

MAESTRO DE VIDA CRISTIANA

El siglo XVI español experimentó una gran renovación eclesial, que coincidió con un gran esplendor político, económico y social del país.

Las raíces de la renovación cristiana que se realiza en el siglo XVI hay que encontrarla en la corriente que tiene lugar dentro de la misma Iglesia Católica, muy anteriormente a 1517, fecha en que se produjo la escisión luterana.

La Iglesia, desde mucho tiempo atrás, estaba realizando serios esfuerzos por reformar sus estructuras, con la renovación de las costumbres del pueblo cris-

tiano, replanteamiento de la espiritualidad, reorganización del clero y de las órdenes religiosas.

La reforma era, pues, una exigencia que brotaba de la misma vitalidad eclesial. Como consecuencia de toda esta renovación en la Iglesia y en la sociedad española del siglo XVI, surgió una espiritualidad nueva con el deseo de vivir con mayor vehemencia la vida interior, buscando como objeto de la vida espiritual el encuentro con Dios.

Hay que reconocer que esta renovación eclesial se dio gracias a una pléyade de hombres de Iglesia que vieron con claridad el problema fundamental de la Iglesia española en lo teológico y en lo pedagógico y trataron de resolverlo. Fueron los fundadores de las universidades y de los colegios mayores, los reformadores del clero y de las órdenes religiosas, que lo hicieron con una orientación humanista abierta a los problemas de la cultura y de las inquietudes de los hombres de su tiempo.

Tomás de Villanueva se manifiesta a través de su vida y ministerio en el siglo XVI, como místico, asceta, teólogo, humanista, escritor, santo y hombre de gobierno, prelado y súbdito.

Se preocupa por evangelizar al pueblo cristiano y sintió como propios los problemas de la Iglesia de su tiempo.

La mayor parte de sus escritos, sus sermones, nos han llegado a la actualidad en lengua latina, pero también hemos recibido algunos opúsculos suyos, en los que se nos manifiesta con una perfecta prosa castellana, con modernidad de método y densidad doctrinal.

Sus opúsculos insisten más en lo ascético, que en lo místico. Sin embargo el santo cuidaba solícitamente a los fieles que daban señales de vocación mística. Y, por supuesto, cultivó con exquisita amistad los grupos espirituales que florecían en los claustros monásticos. Supo sintonizar con la literatura espiritual de las corrientes antiguas y modernas y ponerlas al alcance del cristiano.

Por razones de concisión presentamos en esta exposición los siguientes aspectos de su espiritualidad: la llamada universal a la santidad, el camino de la perfección cristiana y la ciencia de la oración.

I.- La llamada universal a la santidad

La reforma española del Siglo de Oro Español, se caracteriza, en dos aspectos: *“La universalidad o proposición del hombre nuevo a todos los bautizados y la atención a la totalidad de las estructuras, ya que se trata de un fenómeno, individual y social completo, con su aspecto psicológico (fe, culto, compartimiento*

religioso, actitud ante la vida, la muerte, el amor, las diversiones, el trabajo), económico (actitud ante la justicia, el comercio, el dinero, la banca, la pobreza), sociológico (política, administración, guerras), lingüístico (símbolos religiosos, gestos, expresiones artísticas, palabras generacionales)“(66).

Un concepto que juega en la teología del siglo XVI y que aparece en la predicación de Tomás de Villanueva, es el sacerdocio de los fieles. Esta participación, que guarda cierta analogía con el sacerdocio de Cristo y el ministerial, es explicado ya por san Agustín y recogido por nuestro santo:

“No sólo fue ungida nuestra Cabeza, sino también su Cuerpo, es decir, nosotros mismos... De aquí se deriva que nosotros somos Cuerpo de Cristo, porque todos somos ungidos, y todos estamos en El, siendo Cristo y de Cristo, porque en alguna manera el Cristo total es cabeza y cuerpo”(67).

Ante esta conciencia de la llamada a la perfección cristiana de todos los bautizados, se comienzan a buscar nuevos caminos de espiritualidad. Las vías espirituales de la época pretendieron dar una respuesta, aunque tuvieron sus polémicas, que las combatieron. Ante esta nueva orientación espiritual, comienza a democratizarse la perfección cristiana y la práctica de la oración mental. Los místicos comienzan a hacer partícipes a todos los cristianos de sus experiencias místicas.

Esta universalización de la llamada a la perfección es, a la vez, causa y efecto de una intensa vida interior que traspasa la cristiandad, en especial la española, abriéndose a la catolicidad y canalizándose en un sentido misionero.

Se quiere encontrar con rapidez y seguridad el camino de unión con Dios y se buscan métodos. No se trata simplemente de encontrar *“actos concretos para subir a la cima de una virtud, sino de proponer verdaderas técnicas, artes, ejercitatorios, normas para alcanzar la unión con Dios”*(68).

De este modo, la oración metódica es propuesta como pauta a seguir por todos los cristianos que aspiran a la perfección.

La vida contemplativa se toma como la cúspide de la perfección siempre que se compagine con la vida activa, ya que sólo cuando se poseen las dos clases de vida, se ha adquirido la plenitud de la perfección, ya que

“malo sería, que por razón de la devoción contemplativa, de la piedad y de la justicia, se dejara de hacer lo que no puede ser hecho por otro, y se abandonara el bien del prójimo agradable a Dios”“(69).

Para nuestro santo, el estado más perfecto es aquél que compagina la contemplación con la vida activa. A través de sus sermones, *“explica las virtudes,*

se señalan sus grados, se indican los medios seguros de alcanzarlas; se pintan con negros colores los vicios que a ellas se oponen; se proponen las dificultades que hay que vencer y con sentidas y elocuentes frases se exhorta al vencimiento y negación de sí mismo como el medio más adecuado para alcanzar la virtud”(70).

No se puede negar que esta preocupación por proporcionar a los seglares los caminos de la perfección evangélica, es una respuesta a una profunda inquietud pastoral. De este modo se humanizó la teología, se acercó a la vida y se metió dentro de los problemas del hombre y de la sociedad. Cada uno toma conciencia de que ha de tomar el camino por donde Dios le quiera llevar. Se insiste en que se deben cumplir los deberes de estado, como el mejor modo de responder a la llamada de santidad por parte de Dios, Así, el príncipe o el gobernante *“habrá orado lo suficiente si ha velado porque las funciones públicas se confíen a hombres íntegros e incorruptibles; si con prudencia ha evitado la guerra; si ha protegido la cerviz de los débiles del yugo de los poderosos..., si ha consolidado la disciplina pública con leyes y costumbres santas”(71).*

Ante esto Tomás de Villanueva no puede dejar de exclamar: *“cosa grande es ser cristiano y algo difícil y arduo es ser perfecto y buen cristiano”(72).*

Se constata como consecuencia el deseo de realizar las tareas de las diversas profesiones con lo que dictaba a la conciencia la misma moral cristiana.

Nuestro santo tuvo una gran preocupación por todos estos problemas. Tuvo gran cuidado de que los casados viviesen en paz y se amasen como obliga la ley de Dios y su estado. Y así podríamos ir exponiendo con todo detalle los trabajos y esfuerzos que realizó el santo para que todos los cristianos, sea cual fuere su estado, pudiesen ser fieles a las obligaciones de su propia vocación, y, con ello, cumpliesen como buenos creyentes.

Así vemos que hay una gran valoración del trabajo manual en la sociedad española del Siglo de Oro. Ciertamente el trabajo manual alejaba de los peligros del iluminismo y hacía posible que el cristiano cooperase a la edificación de la sociedad.

Tomás de Villanueva busca en todos sus planteamientos un término medio. Constatará cómo la excesiva dedicación a los asuntos terrenos, las riquezas y los deleites, los placeres y las vanidades, pueden asfixiar la palabra de Dios en el alma antes de que dé fruto. De ahí que afirme que la excesiva dedicación a los asuntos del mundo es incompatible con una auténtica vida cristiana (73).

Es verdad que los padres de familia se deben dedicar a *“su casa, a sus hijos y otras cosas necesarias”*, pero para que lo puedan cumplir dignamente les exhorta a:

“que oigan a diario la misa, se encomienden a Dios con toda la devoción que puedan: le encomienden a Dios sus ocupaciones, se acuerden de El..., y esto no retardará sus negocios. Cumpliendo esto con fidelidad, ciertamente que sentirán en sí mismo un gran provecho”(74).

Hemos visto cómo la espiritualidad es básica y común a todos los estados de la vida cristiana, ya que se trata, a fin de cuentas, de vivir plenamente la vida cristiana, que tiene su origen en el sacramento del Bautismo y que es sustancialmente idéntica para todos los renacidos en Cristo, sea cual fuere el estado o género de vida que hayan elegido. De ahí que, a lo sumo, pueda hablarse de diferencias específicas morales entre los diversos estados, pero jamás de diferencias específicas en el sentido ontológico y sustancial de la palabra.

Todos los cristianos están llamados a la perfección evangélica, pero cada uno lo realizará de distinto modo. Para realizar la vocación al estado por que se ha optado, Dios da las gracias propias para que se pueda ser fiel al camino elegido.

En este sentido nuestro santo hace notar que del mismo modo que:

“en la casa celestial del Padre hay muchas moradas, así en esta casa militante son varios y múltiples los estados de los fieles, y así como en aquella casa cada uno está contento de su estado, igual en esta casa: no es a nosotros el elegir estado en la casa del Señor; es propio de Dios dar a cada uno según conviene”(75).

Tomás de Villanueva insistentemente aboga por la santidad de todo bautizado, presentando unos elementos comunes a toda vida cristiana. Cualquiera que sea el estado o condición de vida el cristiano debe utilizar los medios que la Iglesia le brinda para su propia santificación.

Nuestro santo es consciente de que no se puede santificar el seglar con los mismos métodos y procedimientos que el sacerdote o religioso, ni la espiritualidad sacerdotal coincide plenamente con la monástica. Pero no por ello dejará de ser exigente con todos.

En la atención que dedica al seglar no llega a desarrollar plenamente la teología del laicado. No eran los tiempos apropiados para ello, pero hay que reconocer que esboza unos presupuestos que abren las puertas de la perfección cristiana a los simples bautizados, que pueden alcanzar la virtud evangélica en el fiel cumplimiento de sus deberes familiares y profesionales en medio del mundo.

II.- Camino de perfección cristiana

Con el renacimiento en el siglo XVI se acentuó la búsqueda de métodos que llevaran de modo seguro y rápido a la perfección cristiana. La preocupación por la técnica se unió el afán de las reformas y las observancias de las órdenes religiosas por metodizar la práctica de las virtudes y el desarraigo de los vicios.

Por ese camino la espiritualidad española se abrió a nuevos horizontes doctrinales. La mística del recogimiento brotó en los conventos más observantes. No se puede precisar la fecha con exactitud cuando apareció, pero fue alrededor de 1480. Francisco de Osuna la codificó en su *Tercer Abece-dario espiritual* (76). Esta metodización produjo una proliferación de autores con obras de espiritualidad. García Jiménez de Cisneros publica *el Exercitatorio de la vida espiritual* (77). El presbítero de Toledo Gómez García, escribe *Carro de dos vidas* (78). Y el franciscano Alonso de Madrid, *Arte para servir a Dios* (79). Igualmente Bernardino de Laredo da a luz, *Subida del Monte Sión* (80).

Un maestro de la vida espiritual que destacó en esta época es santo Tomás de Villanueva. Sus sermones y especialmente sus opúsculos contienen un arsenal de temas de espiritualidad.

Por razones de concisión en el presente estudio vamos solamente a exponer el método del recogimiento desarrollado en las tres etapas, tradicionalmente llamadas las vías purgativa, iluminativa y unitiva, que tiene que recorrer el cristiano para alcanzar la perfección cristiana.

El método de las tres vías fue esbozado por el Pseudo- Dionisio, asumido por Hugo de Balma, y otros autores de la Edad Media (81). García Jiménez de Cisneros lo recogió en su *Exercitatorio*, siendo adoptado por muchos autores espirituales de aquella época, como el mismo Tomás de Villanueva lo hizo.

La perfección evangélica es como una ascensión espiritual. El santo de Villanueva de los Infantes, utilizando expresiones propias de su tiempo, lo explica por medio de peldaños o grados:

“En el corazón, digo, se ha de erigir la escalera por la que se ascienda al paraíso, no practicando la costumbre, no en el simple sermón, no en la ceremonia exterior o en el culto; porque todos los grados de perfección y el progreso de las virtudes, más que en la obra y en la palabra, se ha de buscar en el corazón. No pues mira Dios aquello en cuanto haces, sino en cuanto en el amor y deseo progresas; porque aunque serás juzgado por las obras, la virtud de las obras es la caridad del corazón” (82).

Este modo escalonado de explicar el caminar del cristiano hacia Dios jalona las vías clásicas: purgativa, iluminativa y unitiva, muy en boga en los autores ascético- místicos del siglo de Oro, y de las que se sirve Tomás de Villanueva para explicar el desarrollo espiritual de la vida del cristiano. Para alcanzar la meta de la perfección evangélica todo esfuerzo es insignificante, de ahí que el santo diga en uno de sus sermones:

“Esta es, hermanos míos, la Ciudad a la que nos dirigimos; hacia esta alegría, hacia esta fiesta, hacia esta gloria nos encaminamos: ni nada ni nadie puede presentar impedimento en este ascenso. Si para alcanzar esta gloria se tiene que sufrir mucho, se debe tomar como un breve ayuno y una leve penitencia por los pecados. ¡Qué leve y fácil es, pues, el ascenso a tanta gloria!”(83).

De un modo sencillo, Tomás de Villanueva, comparándolo con la Pasión del Señor, explica las tres vías místicas:

“Considera a nuestro Redentor atado a la columna o clavado en la cruz, y entiende que por nuestros pecados padece el Cordero Inocente. De esta consideración se entristece, gime y llora por haber ofendido a Dios, siendo causa de su muerte. Llámese esta vía purgativa, porque en ella se purga de sus pecados. Y considera el mismo paso ya dicho, y conoce que por aquellas benditas llagas... es libre el alma de los azotes y tormentos del infierno y hecho hábil de la gloria del cielo... Llámese esta vía iluminativa, en la cual el alma, con la cruz de su gracia ilustrada, se emplea en dar gracias a Dios por tan grandes mercedes y beneficios como recibe. Finalmente, contemplando el alma en la cruz al Señor, entiende un amor caritativo y grande y vista esta grandeza de amor con que padeció por redimir y dar la gloria, es inflada en tan gran deseo y fervor de ya verse con su Esposo... Llámese esta vía unitiva, porque en ella el alma se hace una por amor con su Esposo amado Jesucristo”(84).

La vía purgativa es la primera; es punto de partida. Por ello, en primer lugar, se pretenderá atajar el pecado. Hay que renunciar a todo lo que es afín al mismo: las delicias, malos deseos, concupiscencias y demás vicios de la carne. Para explicarlo no tendrá inconveniente en exponerlo de modo tan expresivo:

“Primero, pues, anda, y echa a la concubina de tu casa, restituye el dinero ajeno, rompe el contrato a los usureros, alivia el hambre al prójimo, en cuanto puedas, resarce los trabajos de los asalariados y atiende las deudas de los pobres, reconcíliate con el hermano, con el que estás enemistado y pide su perdón, y entonces acércate al confesonario y recibirás la absolución”(85).

Tal actitud pide una mayor radicalidad en la lucha contra el pecado de lo que a primera vista pudiera parecer, ya que se tendrá que desprender de todo aquello que, aún siendo lícito, pueda motivar el pecado.

Pero esta oposición al pecado exige una rectitud de intención, sin ella poco valdría esa lucha contra el pecado:

“Entremos a nuestro corazón, e interroguémonos interiormente, y probemos, juzguemos y preguntemos al corazón que es lo que amamos, que buscamos, por qué intención hacemos las cosas buenas, por qué huimos de lo malo” (86).

Superada la parte negativa o vía purgativa, el cristiano, en su camino hacia la perfección evangélica, pasa a *la vía iluminativa*. Esta fase se caracteriza por la práctica de las virtudes en que ejercitándolas, se llega a la cumbre más alta de la unión con Dios:

“Después que por largo tiempo y reiteradas veces han consumido los restos de los pecados en medio del fuego, extinguido el humo, empieza a brillar la luz... disueltas las nubes de los vicios, empieza a aparecer la serenidad del día; entonces se da cuenta de su primer estado... Puestas en fuga las pasiones, empieza a brillar la luz de la verdad, en la cual se hace visible la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud” (87).

Es la Iglesia la que, a través de su magisterio y enseñanzas, indica la pauta a seguir. Siendo fiel, pues, a las directrices de la Iglesia, no se puede equivocar en el camino que se debe recorrer. Ciertamente este itinerario consiste en cumplir la voluntad divina. Este cumplimiento de los mandamientos proporciona al cristiano la máxima libertad a la que un mortal puede aspirar en la tierra.

El alma del cristiano debe tener unas disposiciones para recorrer ese camino, tales como observar la ley de Dios, porque en ello está la salvación, y, si se ha quebrantado por fragilidad o ignorancia, hay que volver a Dios, por medio de la debida recepción de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. En todo esto, por mucho que se crea que se da a Dios con esta respuesta, el Señor es el que da mucho más. Pues Dios ayuda en este caminar, en esta novedad de vida, y, por su misericordia nos hace hijos suyos (88).

Desde luego, Tomás de Villanueva, al tratar este tema, subraya la importancia que tiene el afecto y la ternura, ya que el corazón juega un gran papel puesto que debe de estar determinado en servir a Dios. De ahí que llegue a la conclusión que sólo los limpios de corazón, es decir, los que están dispuestos a ello, son los que podrán llegar a reconocer a Dios en su propia existencia, o sea, verán a Dios (89).

Es así como se habrá comenzado el camino para ir fomentando personalmente las virtudes. Esto pide una constante renovación:

“Esta verdadera renovación se realiza por medio de los ejercicios espirituales, leyendo, meditando, orando, contemplando, siguiendo el ejemplo de los santos, dedicándose a las alabanzas divinas; estas cosas renuevan el espíritu y hace que permanezcan siempre en la fecundidad, y germinen siempre las gracias y las virtudes” (90).

Caminando con Cristo, se va creciendo en la virtud:

“Las virtudes son las que te harán crecer, ¡ oh hombre!. Si te haces monje, sacerdote, obispo, papa, no has hecho nada, mientras no se encuentre en tu corazón el hábito de tal. Esta escala del corazón se perfecciona por los grados de las virtudes, por las cuales crece el alma en sí, o sube a Dios” (91).

Impulsado por el anhelo de poseer a Dios, el cristiano va sintiendo el gusto por esta fase, en la medida en que se va adentrando en la misma y encontrando todas las ventajas que lleva consigo.

La tercera y última etapa del método del Recogimiento es *la vía unitiva*, en la que el alma llega a identificarse con Dios *“amor de pura caridad”*.

A lo largo del opúsculo *“Soliloquio para después de la Comunión”*, el santo va desarrollando largamente esta identificación del cristiano con Dios:

“Alcánzase... para esperar de Vos el tercero y más alto amor unitivo, con el cual no cesase de besar vuestros santos pies, juntando los cabellos de mi ánima, que son mi entendimiento y voluntad, con vuestros afectos y ocupando todo mi amor con el vuestro, y juntando toda mi ánima con Vos con perfecta unión por transformación de amor” (92).

A través de sus sermones Tomás de Villanueva explica esta unión del alma con Dios. Es la gracia la que, como el agua viva que procede de la fuente y todo lo vivifica, procediendo de la suprema fuente del Espíritu Santo, une al alma con el mismo Dios, como nos presenta en primer lugar este encuentro del creyente con Dios (93).

Gusta comparar esta unión con unas nupcias, en las que los desposorios se realizan entre Cristo y el alma, siendo el alma en gracia la que se encuentra revestida con el traje nupcial. Nos habla también de estar siempre con Cristo en lo alto del monte. Su ascensión ha sido laboriosa. Poseyendo al Señor ya allí, le pide que no permita que vuelva a apartarse de su compañía (94).

En el capítulo cuarto de su obra *“De la lección, meditación, oración, contemplación”*, dedica también nuestro santo un espacio para hablar del grado más

sublime de la perfección: la contemplación. Ya en los capítulos anteriores, trata de los medios que el cristiano tiene a su disposición para remontarse a la cima de la perfección. Con una gran maestría va mostrando las diversas etapas por las que el cristiano tiene que recorrer hasta llegar a Dios:

“Por la lectura, el alma busca; por la meditación, habla; por la oración, llama; y por último, por la contemplación, se le abre la puerta” (95)

Ahora bien, al hablar de este verdadero amor que identifica al cristiano con Dios, no olvida el santo que esto no se puede realizar auténticamente si no está avalado por el amor al prójimo, ya que si se ama a Dios, no se puede dejar de amar al prójimo. Lo reconocerá claramente al decir que así es, ya que al amar al prójimo haciéndolo por Dios, se ama con ello al mismo Dios (96).

III.- La ciencia de la oración

Santo Tomás de Villanueva enseña la ciencia de la oración. Es un catequista que reflexiona con hondura en el misterio y ministerio de la palabra de Dios. Quiere instruir al cristiano y ayudarlo. Lo hace con solidez y riqueza doctrinal, con untuosidad afectiva, con la limpidez de un romance espontáneo, sonoro, limado y puro.

Crea un estilo nuevo, de enorme carga estética. Pretende con ello ayudar a los principiantes en la práctica de la oración.

Por razones metodológicas en este estudio nos vamos a ceñir al tratado que sobre *“la lección, la meditación, la oración y la contemplación”*, escribió el santo.

Tomás de Villanueva reconoce que en el itinerario de la vida espiritual del cristiano es necesaria la oración. Parte del presupuesto de que Dios es imprescindible en la vida, no se puede vivir sin dejar de contar con Él. Y que justamente esto se experimenta cuando se dialoga con Él por medio de la oración.

“Cuán grande es el fruto de la oración, entre otras cosas la oración es remedio efficacísimo para el alma. Si estás en la tribulación, ora; si estás tentado, ora; si quieres frenar el cuerpo, ora; si quieres fortificar el espíritu, ora; si quieres pedir algo a Dios, ora; si quieres evitar el pecado, ora; si quieres impetrar gracias, ora. Todo lo obtiene la oración: si quieres mitigar la ira de Dios, si finalmente quieres algo de Dios, con la oración lo conseguirás” (97).

La oración es, pues, elemental, en la vida del cristiano. Pero a la hora de ponerla en práctica se constata que falta un método. Éste puede ser muy diverso.

El Santo Arzobispo de Valencia a través de sus escritos presenta varios caminos que tienden a ayudar a orar. Uno de ellos es el que encontramos en el opúsculo sobre la lectura, la meditación, la oración y la contemplación.

Nuestro santo, en el desarrollo de su tratado espiritual, parte de la importancia de *la lectura*. Constata que es indispensable para alimentar el espíritu:

“Cuán útil es la lectura sagrada, y cuanto provecho produce; verdaderamente no sólo alimenta al alma. Sino que además confirma al corazón en todas las virtudes y libra de la tentación” (98).

Con la lectura se da comienzo a un proceso. Porque se ha aportado el alimento para que el alma se pueda nutrir. Se le dan los medios para vencer los obstáculos que se pueden presentar en el seguimiento del Evangelio y se le ayuda a vivir un mayor compromiso cristiano:

“No hay ninguna tentación, ninguna adversidad, ningún infortunio, ninguna calamidad, de la que la Sagrada Escritura no prevenga y socorra con la consolación, el consejo o cualquier otro remedio” (99).

Así según Tomás de Villanueva, *“la buena lección es manjar del alma, el cual se come y muele con la meditación y con la oración se recibe y gusta; pero por la contemplación es sustentada y mantenida el alma con gran delectación”* (100).

Nuestro santo, partiendo de estos conceptos, toma la meditación como:

“la obra y el efecto que nuestra mente hace con el pensamiento interior del hombre de dentro, la cual es raíz y causa de nuestro bien o mal” (101).

Con esta definición el santo da un paso decisivo en el itinerario espiritual del creyente, pero coloca todavía *la meditación* como parte de la vida activa. Y si tenemos que encuadrarla en alguna de las fases de las vías tradicionales, la colocaremos en el primer estadio que corresponde a la vía purgativa. En esta etapa se debe ejercitar *“confesando y satisfaciendo por nuestros pecados y mortificando nuestros sentidos interiores y exteriores con ayunos y penitencias y el amor mundano con todos sus vanos y nocivos deseos”* (102).

La meditación predispone el espíritu y enervoriza el alma para poder pasar a la verdadera *oración*. Para definir la oración Tomás de Villanueva no encuentra mejores palabras que aquellas mismas de san Agustín: *“Es una petición hecha a Dios para alcanzar las cosas que nos convienen”* (103).

Y el santo lo explicará este concepto con palabras tan bellas como éstas:

“La oración es abrir a Dios su corazón, demostrándole sus deseos y hablar con Él con toda reverencia y amor, y decirle sus faltas, sus miserias, sus enfermedades, trabajos y necesidades, su peligro, su sequedad, su tibieza, su maldad, su inquietud y pedirle perdón, socorro, luz, gracia, sentimiento y todo lo demás, rogándole por sí y por todos los que tienen encargo y por los afligidos, y por el estado de la Iglesia”(104).

Esta actitud de coloquio y relación con Dios pide unas condiciones. Observándolas es como se podrá ir realizando la oración, Cuatro son las condiciones que el santo expone:

“La primera, se requiere tener el que ora gran humildad y reconocimiento de su ingratitud y poco merecimiento; la segunda es gran confianza de alcanzar lo que pide, entendiendo que es el piélago de misericordia, piedad y liberalidad..., la tercera condición es que lo que se pide a Dios sea provechoso al alma..., y la cuarta es la perseverancia, pues nos amonesta el Señor, diciendo que oremos sin cesar (1 Tesalonicenses 5, 17)”(105).

En la medida que se va progresando en el camino de la oración se va desligando de las imágenes humanas para dedicarse a la contemplación, *“que es la más perfecta de todas las oraciones y consiste en una altísima atención del alma en sólo a Dios”*(106).

Del grado más alto de oración a la contemplación sólo hay un paso. Y éste consiste, para el santo, con palabras de Ricardo de San Víctor, en *“una alegre y deleitable admiración de la limpidísima y esclarecida verdad”*(107). Este tema lo trata reiteradamente en sus sermones, y concretamente en su comentario al Cantar de los Cantares.

Dentro de los muchos textos que encontramos destacamos el siguiente:

“Se trata de una cierta sabiduría y entendimiento que el alma perfecta suele alcanzar por la indagación de la contemplación de la verdad de Dios y de la experiencia de las cosas divinas, de modo que los misterios divinos que primeramente captaba más oscuramente, después más claramente y distintamente percibe, no realizado de modo repentino, sino poco a poco hasta alcanzar la meta de la perfección “(108).

Y para explicar tal identificación lo hará del siguiente modo:

“Estando nuestra cara descubierta, especulando e inquiriendo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de claridad en claridad, como del espíritu del Señor”(109).

Pero Tomás de Villanueva, como diestro maestro en la vida espiritual, sabe muy bien que a la vida contemplativa debe preceder la vida activa; ambas, más bien deben estar en íntima conexión. De ahí que el auténtico apostolado será el que está respaldado por un auténtico espíritu contemplativo. Ya que cuando uno se ha llenado de Dios es cuando verdaderamente podrá descender al campo de la acción, de modo “*que queramos a Dios por sí y a sus criaturas por Dios*”(110).

Con ello no hace nuestro santo más que hacerse eco de la doctrina de san Agustín, como muy bien afirma el padre Victorino Capánaga:

“San Agustín es un gran genio mixto de acción y contemplación, abrazado por el supremo interés de salvar almas. La contemplación se desposa con un amor vigilante en servicio de la comunidad cristiana. Tal es la ley fundamental del cristianismo. Sus genios y sus heroicos religiosos son los que más han trabajado por los hermanos para mejorar y exaltar su existencia terrena, porque la santidad engendra un doble vínculo con Dios y con los hombres”(111).

En este doble aspecto de la vida activa y la vida contemplativa es para nuestro santo donde se encuentra el culmen de la perfección cristiana. Y con palabras tan bellas como las que siguen lo explica:

“Anden en mí juntas, Señor, la aflicción y la razón; sienta lo que entiendo y obre yo por vuestra gracia lo que siento”(112).

Palabras que recuerdan aquellas de Francisco de Osuna:

“Anden juntos el espíritu y la persona”(113).

Y que coincide sustancialmente con aquel bello texto de santa Teresa de Jesús:

“Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo y no le hacen mal hospedaje, y tenerle siempre consigo, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara?. Su manjar es que de todas las maneras que pudiéramos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben”(114).

Frente a la Edad Media que la oración da la impresión de tener una riqueza inagotable, con formas muy definidas, en la época moderna, a partir del siglo XVI, se distingue por una cierta simplificación y asequibilidad al cristiano sencillo.

Los autores del Siglo de Oro español presentan caminos para que la oración, sistemática y pastoralmente, sea provechosa para toda clase y condición social.

Tomás de Villanueva participó de este movimiento espiritual con el testimonio personal de su vida y con su magisterio como religioso agustino y como arzobispo de Valencia. Los sermones que predicó y los opúsculos que tratan de la vida espiritual, especialmente sobre la oración, que nos han llegado hasta la actualidad, nos lo testifican.

Estos últimos escritos los redactó el santo motivado por los mismos eclesiásticos, religiosos y seculares que le pedían orientación para llevar adelante su propia vida espiritual.

Con la actuación de Tomás de Villanueva en este específico campo se puede reconocer que desarrolló una verdadera pedagogía sobre tema tan importante como es la oración.

INFLUENCIA POSTERIOR

Hemos presentado a través de este estudio como el celo apostólico de santo Tomás de Villanueva se mueve en una perspectiva universal y misionera. Sin duda alguna, es su disponibilidad evangélica, su modo de vivir el servicio ministerial y los diferentes campos apostólicos que atendió: profesor en Alcalá de Henares, religioso agustino y celoso pastor de la diócesis de Valencia, los que hacen de él un apóstol de primera magnitud, una figura de valor permanente y actual.

Tomás de Villanueva en toda la renovación eclesial que se opera a través de todo el siglo XVI, aparece como la figura señera de todo ese movimiento. Es una voz clara que trabaja y lucha por conseguir un ideal en medio de una época necesitada de reforma. Su aportación no fue un hecho esporádico, sino que dejó su huella en los lugares donde vivió.

En Alcalá, al partir para Salamanca en 1516, para ingresar en el convento de San Agustín de dicha ciudad, quedaba en el ambiente la aureola de sus virtudes, como daba fe de ello casi cien años después, Bartolomé Sousa, rector del colegio de San Ildefonso, al testificar en el proceso de su beatificación y canonización:

“Fue varón singular en toda materia de virtudes, y que prácticamente siendo como fue colegial mayor en el insigne de San Ildefonso de esta Universidad vivió en dicho colegio con muy raro ejemplo de virtudes y particularmente se ejercitaba en la oración, y para este efecto tenía en su aposento un altar”(115).

Palabras que ciertamente muestran la calidad moral e intelectual de nuestro santo y que de ello había constancia en el ambiente de la universidad complutense.

En la diócesis de Valencia, tras el fecundo pontificado de su Santo Arzobispo, quedó la impronta de la línea pastoral que trazó. A este respecto el religioso mercedario, Juan Alonso, en su declaración en el proceso de beatificación y canonización, “*dijo que (este testigo) oyó al Arzobispo Don Martín Pérez de Ayala hablar de este varón con muy gran respeto y reverencia, y entiende este testigo por relación de muchos, que los demás señores arzobispos han hecho lo mismo y hoy hace lo propio el Ilustrísimo Señor Don Juan de Ribera*”(116).

Tomás de Villanueva forma parte de la escuela de espiritualidad del siglo XVI, relacionada, en el fondo, con la formación recibida en la universidad de Alcalá. Presenta un estilo del ser cristiano caracterizado por un programa de acción y ejemplaridad evangélica. La doctrina espiritual que expone nuestro santo es sencilla, llana e inteligible. Su lenguaje límpido, corriente, rehuye los términos oscuros o técnicos de escuela. La sencillez, concisión, el colorido de la exposición y las imágenes que usa son un encanto.

Notable es la influencia que realizó en la posteridad, especialmente en la escuela agustina. *Luis de Montoya* ingresó en el convento de San Agustín de Salamanca el 26 de abril de 1514, fue compañero de santo Tomás de Villanueva. Fue maestro de novicios de dicho convento y bajo su dirección se formaron san Alonso de Orozco, y Juan Bautista de Moya, Alonso de Borja y otros misioneros que evangelizaron las tierras del Nuevo Mundo. Pasó como Visitador y reformador de la provincia agustina de Portugal. Fue rector del colegio-seminario de Coimbra. Tan edificante era la disciplina y observancia en su convento, que los padres de la Compañía de Jesús enviaban a sus religiosos, recién llegados a Portugal, a Coimbra, para que aprendiesen a rezar y orar. A pesar de su mucha actividad encontró ocasiones para escribir algunas obras en las que expone su doctrina que se puede parangonar con la de santo Tomás de Villanueva, de quien se siente deudor, cuyas directrices siguió, demostrando en todo momento su amor inmenso a Jesucristo y a su Madre (117).

Luis de Alarcón en su obra *Camino del cielo*, desarrolla el método de la lección, la meditación y la oración, donde muestra claramente su dependencia del Santo Arzobispo de Valencia. En su exposición se dirige a todos los cristianos a los que quiere hacerles asequible la práctica de las virtudes de la vida cristiana. No desarrolla, quizás por ello, la parte correspondiente a la contemplación (118).

La unción y la dulce austeridad que caracterizan los escritos espirituales de Tomás de Villanueva se nota en las obras de *Nicolás de Witte* (119), que para la formación de los novicios agustinos escribió.

San Alonso de Orozco (120), como religioso agustino, fue testigo del renacer de la orden agustina en la España del siglo XVI. Fundó en Talavera de la Reina el convento de Nuestra Señora de la Paz, cuna de la Recolectión Agustina el 10 de octubre de 1589. En sus escritos da a conocer su dependencia de la doctrina de nuestro santo, presentando con frecuencia en la exposición doctrinal esquemas de ideología idéntica. Clara es la influencia del santo de Villanueva de los Infantes en san Alonso de Orozco en lo referente a la vida contemplativa. Ya que ambos coinciden al reconocer la primacía de ésta sobre la vida activa, pero, sin embargo, ven que una sin la otra no se puede dar, ya que están tan compenetradas que ambas se ayudan a configurar la espiritualidad del cristiano (121).

Agustín Antolinez (122), fue admirador de los escritos de santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. Su obra *Amores de Dios y del alma*, es uno de los mejores comentarios que se han escrito sobre *el Cántico Espiritual*, *Noche Oscura* y *Llama de Amor Viva* de san Juan de la Cruz. Demuestra tener perfecto dominio de los temas que desarrolla y es maestro consumado en el difícil arte de exponer la teología mística.

En la exposición que plantea si san Juan de la Cruz se muestra deudor de santo Tomás de Villanueva en algún momento de sus escritos, se pregunta concretamente si el doctor místico entiende el centro del alma como el santo de Villanueva de los Infantes en su sermón del amor de Dios. Por ello, dice: “*Pero dejando aparte esto, quizás el autor de esta conción quiso decir otra cosa más elevada. Y para decirla, es menester advertir, que Dios es el centro de nuestra alma. Así lo dice el bienaventurado santo Tomás de Villanueva hablando del amor de Dios, y también se colige de estas palabras de san Agustín, Nuestro Padre: “Nos hiciste, Señor, para Vos y nuestro corazón está inquieto hasta descansar en Vos...”*”(123).

Partiendo de este texto Jean Kraynen encuentra en el cántico B de san Juan de la Cruz el influjo de santo Tomás de Villanueva, pudiéndose explicar, ya que fue notable la influencia del santo agustino en el desarrollo de la espiritualidad del Siglo de Oro (124).

La obra de *fray Luis de Granada* (125), no está exenta igualmente de la influencia de santo Tomás de Villanueva. Religioso dominico trata en sus obras temas de espiritualidad afines a los de los escritos del Santo Arzobispo de Valencia. Atendió y dirigió a los cristianos de todos los estados. Maestro de maestros, es uno de los autores fundamentales de la espiritualidad perenne. Al publicar por vez primera el Padre Granada su *Guía de pecadores*, incluye en ella: *Breve regla de vida cristiana* de santo Tomás de Villanueva (126).

Pedro Malón de Chaide, discípulo de fray Luis de León, en la universidad de Salamanca. Destacó por su obra *La conversión de la Magdalena*, modelo de prosa castellana. Núcleo central de su espiritualidad es la doctrina del amor, en el que versa la actividad del hombre y del que parten todas las actitudes de la vida sobre el bien o el mal. Su dependencia de santo Tomás de Villanueva es notoria en muchos momentos de sus escritos (127).

Fray Luis de León, nació en Belmonte (Cuenca) en 1527, estudio cánones en Salamanca. Ingresó en el convento de San Agustín de Salamanca, donde emitió la profesión religiosa el 20 de enero de 1541. Estudió teología en las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares. Tradujo del hebreo a la lengua romance en 1561 el *Cantar de los Cantares*, que motivo que conociese los rigores de las cárceles de la Inquisición, en las que escribió parte de su libro de los Nombres de Cristo.

Siempre anheló una mayor observancia en los conventos de su orden. Ya en el capítulo de la Provincia de Castilla en Dueñas, el 15 de mayo de 1557, aboga por su deseo reformista de los conventos agustinos. En el capítulo provincial celebrado en Toledo el 3 de diciembre de 1588, ya casi al final de su vida, continúa defendiendo la reforma de los agustinos. Se le confió la redacción de las constituciones para las casas que se tenían que dedicar a una mayor observancia, *la Forma de vida*, que fueron aprobadas el 20 de septiembre de 1589 en el capítulo particular del Convento de Nuestra Señora del Pino (Segovia) y en 1597 por la Santa Sede.

En el aspecto intelectual la obra de fray Luis de León, con toda su base bíblica y patristica, es cristocéntrica. Como poeta diviniza lo humano y humaniza lo divino, con sobriedad y ritmo clásico. Como místico comprendió la importancia de la obra de santa Teresa de Jesús, de cuyos escritos en 1588, fue su primer editor. Esto influyó en la propia reforma que quiso llevar a cabo en su orden. Tuvo algo de idealista al querer perfectas las cosas terrenas. Batallador, llevo una vida activa, dramática, pero fecunda. Se adelantó a su tiempo, por lo que tuvo que hacer frente a algunas dificultades. Participó del espíritu reformador de santo Tomás de Villanueva, cuya doctrina espiritual refleja con frecuencia en sus propias obras (128).

EPÍLOGO

Santo Tomás de Villanueva ha dejado en sus sermones y opúsculos espirituales un tesoro de doctrina teológica, pastoral y espiritual. Sus sermones manifiestan gran sencillez en las materias y en la exposición, el lenguaje que usa está normalmente al alcance de todos, su estilo es único y común a todos. No se pre-

ocupa de la rotundidad del periodo, ni de la vistosidad de las imágenes, aunque sepa ingeniosamente usar de ellas.

El panorama que ofrece en los sermones es como la encarnación y el reflejo de una vida pletórica como era la suya. Hablaba de la abundancia del corazón en contacto vivo con el auditorio. Se dirige a los clérigos, religiosos y pueblo fiel y su situación le motiva dirigirles la palabra.

El padre Juan de Muñatones gestiona la primera edición de los sermones de Tomás de Villanueva, pero elegido obispo de Segorbe, sin haber concluido su trabajo, le confió la misión de llevarlo a cabo al padre Pedro de Uceda, rector de la universidad de Alcalá de Henares, que publicó la primera edición en 1572. Posteriormente se han prodigado las ediciones que estudiar su proceso nos llevaría a tener que extendernos más de lo que nos está permitido.

Juan de Muñatones en la biografía que escribió como prólogo de las obras del santo, aporta el siguiente testimonio:

“Afcionó principalmente a los hombres escolásticos y dados a las letras en aquella amplísima Universidad, que tanto que florece en aquella ciudad (Alcalá) y enseñóles a desechar los halagos de la vida presente, y anhelar por los bienes eternos del siglo venidero... Con maravillosos aumentos esparcía cada día la fama y la autoridad de su singular doctrina. Procuraba con sumo estudio fortalecer la doctrina y erudición, añadiendo estribos de virtud y vida más severa para auxiliar con palabra y obras a la Iglesia de Dios; y alumbrar a los hombres con su ejemplo para vivir bien y bienaventuradamente. Por lo cual en un punto llenó a toda España el célebre nombre de Fray Tomás de Villanueva; y con el sonido de santidad y extremada religión, no sólo asombró toda esta orilla del orbe español y la misma Corte Real; pues hasta penetró el mismo Palacio del Príncipe”

(Juan de MUÑATONES, De et rebus gestis ab Fr. Thomae a Villanova, Opera omnia, Alcalá de Henares 2002, 313).

La última edición de sus sermones, denominada de Manila, por haberse publicado en esta ciudad, de las islas Filipinas, está compuesta por seis volúmenes, editados entre 1881 a 1887. Exceptuando algunos opúsculos de espiritualidad, que figuran en castellano, la mayor parte de los sermones nos han llegado en latín a la actualidad.

Recientemente la edición de los sermones del santo, promovida por la Federación Agustiniiana Española, y dirigida por el padre Laureano Manrique y el equipo de especialistas que modera, que han llevado a cabo el diez volúmenes la magnífica edición publicada por la Editorial Católica, que nos da a conocer con gran clarividencia la grandeza de la obra literaria del santo, se presenta en castellano y en latín al mismo tiempo.

Sus sermones tienen la estructura tradicional con el enunciado bíblico, que ha servido de base al sermón. Sigue el desarrollo general del tema que se trata en el sermón con la exposición de los textos escriturísticos o de algún Santo Padre, que sirven para razonar las ideas que expone o que simplemente como ornato. Concluye con el epílogo, con la exhortación de lo expuesto y la manifestación de llegar a la vida eterna.

Al predicar sencillamente expone y enseña la Sagrada Biblia. La Sagrada Escritura es de suyo elocuente en su predicación. A imitación de los Santos Padres la predicación del santo arzobispo de Valencia es un continuo discurrir con textos del Antiguo y Nuevo Testamento. La elocuencia en la predicación está siempre hermanada con la verdad. Que en su caso le da una incomparable sublimidad de estilo y de lenguaje.

Además de su experiencia personal y sus conocimientos bíblicos, manifiesta su amplio saber sobre los Santos Padres, de los que se sirve para valorar los argumentos de su predicación.

De los Santos Padres a los que más frecuentemente cita son a san Agustín, san Bernardo y a santo Tomás de Aquino. Seguido de san Gregorio, san Ambrosio, san Jerónimo, Pseudo Dionisio, entre otros. También suele contar con textos de Ricardo de San Víctor y san Buenaventura.

El punto de referencia de su predicación es la conjunción que une, entre lo doctrinal, exponente de la teología renovada de Alcalá y las primorosidades con que expone las letras del Siglo de Oro, aunque nos ha llegado en su mayor parte a nuestros días en la lengua de Lazio.

Hay que destacar la fuerza y el calor en los vocablos, la soltura y concisión en el estilo, las analogías con la elegancia del lenguaje, la perfección y la elegancia. Está el encanto en la espontaneidad hermanada con el vigor y la unción inspirada por el santo. Está lejos del artificio y retoque por afán estético. Propiedad y lirismo se dan la mano con llaneza.

Se muestra un alma vibrante, un contemplativo que se proyecta hacia los demás. Busca las huellas de Dios y canta su propia canción. Sus sermones son exhortaciones convincentes. Más no se limita a un simple moralismo. En ellas nos es dado subrayar las doctrinas y los caminos de la alta perfección. Su acción pastoral es asombrosa. Se extiende a todos. Habla a todos, al pueblo, a los clérigos, a los religiosos, a la alta sociedad y a los pequeños y humildes. De ahí tanta variedad y riqueza teológica.

La densidad de la temática que expone en su predicación exige análisis diversos y ópticas distintas, pues lo presentado solo pretende ser una aportación aproximativa.

OBRAS QUE PERPETUAN EL MINISTERIO APOSTÓLICO DE DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

La pródiga caridad del santo que tan ampliamente se ha dado a conocer, hizo a través del tiempo que con frecuencia se orillase su ciencia teológica, su elocuencia y los sermones que predicó, de los que mostraba gran predilección el mismo emperador Carlos V. Brevemente vamos a exponer algunos aspectos sobre este particular.

La Conferencia Episcopal Española, que ha pedido oficialmente a la Santa Sede que declare al santo Doctor de la Iglesia, ha colocado en la Capilla de la Sucesión Apostólica, de las misma Sede de la Conferencia Episcopal, entre los doce obispos canonizados en un bello mosaico a santo Tomás de Villanueva.

En Londres (Gran Bretaña), en St. Monicas Catholic Church, Margaret Edith Rope, en una vidriera destaca entre los santos de la orden de San Agustín a nuestro santo. Igualmente se representa artísticamente en la Valleta (Malta) ; en Eindhogen (Holanda), en Wurgburg (Alemania), en el Santuario de Cascia (Italia), entre otros lugares.

En la Iglesia de San Agustín de Roma en una capilla en el ala izquierda del crucero se venera una artística imagen del santo, de mármol de carrara, obra de Melchor Caffa y Hércules Ferrata.

La Iglesia Parroquial de Castengaldolfo, construida en 1661, siendo papa Alejandro VII, por Bernini y embellecida en 1763 se dedica a santo Tomás de Villanueva. Ha sido el lugar de la residencia pontificia durante el verano

El mensaje del Santo Arzobispo de Valencia ha forjado la universidad que lleva su nombre en Pennsylvania, Estados Unidos. Alberga un gran número de titulaciones de estudios universitarios que se imparten allí que difunden la memoria del santo y fomentan su devoción. En otras partes de Estados Unidos está presente también la memoria de santo Tomás en parroquias, colegios, instituciones, etcétera.

En 1945 se crea en Santiago de Cuba la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, promovida por la provincia Agustina de Vilanova. En 1961 se trasladó a Miami, Florida (Estados Unidos). También está presente la memoria del santo en Puerto Rico y la República Dominicana y en otros países de Latinoamérica.

En Panamá existe también un Hospital que lleva el nombre de santo Tomás de Villanueva.

En el archipiélago filipino está presente el recuerdo de santo Tomás de Villanueva desde el comienzo de la evangelización. En la majestuosa iglesia de San Agustín de Manila hay un artístico retablo barroco dedicado a este santo.

En la Ciudad Quezón, una de las áreas de la Gran Manila, se localiza el “St. Thomas of Villanova, Institute of Philosophy” que acoge una casa de formación, una espléndida biblioteca y la edición de un Boletín Oficial. En la diócesis de Pasig, uno de sus vicariatos, con 6 parroquias, está bajo el patrocinio de santo Tomás de Villanueva. Igualmente en las islas de Luzón que tiene varias parroquias dedicadas.

Del mismo modo hay parroquias por muchas partes que le tienen como titular y múltiples colegios y centros de enseñanza están bajo su advocación. El mismo Seminario Metropolitano de Valencia, junto con la Inmaculada Concepción son los patronos de dicho centro de formación eclesiástica.

Por último hacer constar la fundación de la Congregación de las hermanas hospitalarias de Santo Tomás de Villanueva, realizada por el agustino Ángel L’Proust, que quiso que fuese el testimonio de este santo el que impulsara la dedicación de las religiosas de este instituto al servicio de los pobres y abandonados, La orden agustina en el capítulo general de 1953 lo nombró patrono y protector de los estudios de dicha orden. En 1550 el mismo santo fundó en Valencia, como se ha indicado en su lugar correspondiente, el Colegio Mayor de la Presentación de Nuestra Señora en el Templo para la preparación a los aspirantes al sacerdocio. Dicha institución hoy día continúa su ejemplar labor eclesial.

NOTAS

- 1 El que ama no se encierra en sí mismo, “*sino que en Dios y por él abraza a todos los hombres y los mete en sus entrañas con una afición tan pura, que ninguna cosa mira a sí mismo; tan tierna que siente sus males más que los propios; tan solícita que se desvela por su bien; tan firme que no se mudará, si no se muda de Cristo*”, Luis de LEÓN, fray, *Los Nombres de Cristo*, Amado, BAC, Madrid 1951, 729.
- 2 GRANADA, Luis de, *Introducción al Símbolo de la fe*, parte 1ª, capítulo 25 y capítulo 2.
- 3 OSUNA, Francisco de, *Tercer Abecedario espiritual*, BAC, Madrid 1951, 81; ANDRÉS, Melquíades, *Reforma española y reforma protestante*, Fundación universitaria española, Madrid 1975, 8- 9.
- 4 Luis de LEÓN, fray, *Los Nombres de Cristo*, 2ª parte de Hijo de Dios, al estudiar el efecto de la Encarnación de Dios en la naturaleza humana.
- 5 ANDRÉS. Melquíades, *Historia de la mística de la Edad de Oro en España y América*, BAC mayor 44, Madrid 1994, 23.
- 6 OSUNA, Francisco de, *ob. cit.*, 538, 132, 152, 511.
- 7 “*Los españoles entre todas las naciones se señalan en peregrinar navegando muy lejos de sus casas y tierras*”, Luis de LEÓN, fray, *Exposición del libro de Job*, BAC, Madrid 1951, 1148.

- 8 Ignacio de LOYOLA (san), *Obras completas*, BAC, Madrid 1963, 84- 157.
- 9 LLIN CHÁFER, Arturo, *La Reforma de la Iglesia en el siglo XVI*, Religión y Cultura, vol. 36 (1991), 99- 100.
- 10 ANDRÉS, Melquíades, *Historia de la teología española en el siglo XVI*, vol. II, BAC mayor 14, Madrid 1977, 114- 116.
- 11 ANDRÉS, Melquíades, *Historia de la mística de la Edad de Oro ...*, 215- 217.
- 12 LLIN CHÁFER, Arturo, *Camino de perfección cristiana: La Ciudad de Dios*, vol. 207(1994) 77- 80; *Santo Tomás de Villanueva, Fidelidad evangélica, renovación eclesial*, Editorial Agustiniiana, Madrid 1996, 367- 368.
- 13 TERESA DE JESÚS (santa), *Las Moradas* VI, 8, 10.
- 14 ANDRÉS, Melquíades, *Los recogidos*, Fundación universitaria española, Madrid 1975, 26.
- 15 *Francisco Jiménez de Cisneros*, (Torrelaguna (Madrid) 1436- Roa (Burgos), 8- 2- 1517), reformador, prelado y gobernante. Ingresó en los franciscanos observantes, siendo ya sacerdote; confesor de la reina Isabel la Católica; en 1496 fue nombrado cardenal arzobispo de Toledo, promovió la reforma de las órdenes religiosas y de la Iglesia en general, GARCIA ORO, José, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Instituto Jerónimo Zurita, Madrid 1971.
- 16 ANDRES, Melquíades, *La teología española en el siglo XVI*, vol. 2, 222.
- 17 LLIN CHÁFER, Arturo, *Santo Tomás de Villanueva, Fidelidad evangélica, renovación eclesial*, 43- 44.
- 18 GARCIA VILLOSLADA, Ricardo- LLORCA VIVES, Bernardino, *Historia de la Iglesia, Edad Nueva*, BAC 199, 2ª Edición, Madrid 1967, 625- 626.
- 19 CAPÁNAGA, Victorino, *Santo Tomás de Villanueva, semblanza biográfica*, Madrid 1942, 21.
- 20 ANDRÉS, Melquíades, *La teología española del siglo XVI*, vol. 2, 28, 41.
- 21 LLIN CHÁFER, Arturo, *Sacerdocio y ministerio, estudio histórico- teológico sobre el sacerdocio ministerial en Santo Tomás de Villanueva*, Facultad de Teología, series valentina XXII, Valencia 1988, 73- 75.
- 22 *Ibidem*, *Santo Tomás de Villanueva, Fidelidad evangélica y renovación eclesial*, 82- 86.
- 23 *Domingo de Soto* (Alcalá 1496- Trento, 30- 4- 1563), discípulo de Santo Tomás de Villanueva en Alcalá, donde también ejerció su magisterio en teología. Ingresó en los dominicos en 1518. Célebre teólogo y confesor del emperador de Carlos V. Participó en el concilio de Trento. Es uno de los representantes del renacimiento teológico español del siglo de oro, CARRO, Venancio, *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, dirigido por ALDEA, Quintín- MARÍN, Tomás- VIVES, José, vol. 4, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Instituto Enrique Flórez, Madrid 1975, 2508- 2509.
- 24 BATAILLON, Marcel, *ob. cit.*, 17.
- 25 *Ibidem*, 90.
- 26 *Constitutiones insignis Collegii Sancti Ildephonsi*, Archivo Histórico Nacional, Libro 674, folio 7.
- 27 *Ibidem*, folio 11 vto, 16.

- 28 *Ibidem*, folio 54 vto.
- 29 ANDRÉS, Melquíades, *Las Facultades de Teología españolas hasta 1575. Cátedras diversas: Antologica Annua* 2 (1954) 123- 178.
- 30 LLIN CHÁFER, Arturo, *La reforma de la Iglesia en el siglo XVI: Religión y Cultura* 37 (1991) 73- 102.
- 31 *Ibidem*, *San Juan de Ávila y los arzobispos Santo Tomás de Villanueva y San Juan de Ribera: Actas del Congreso Internacional "Maestro Ávila"*, Madrid 2000, 373- 396.
- 32 SALÓN, Miguel, *Vida de Santo Tomás de Villanueva*, Valencia 1620, 17.
- 33 POSSIDIUS, *Vita Sancti Augustini*, XXV, *Patrología latina* 32, 57.
- 34 AGUSTÍN (san), *De Civitate Dei*, IX, 19, CSEL 40, 407.
- 35 SALÓN, Miguel, *ob. cit.*, 19.
- 36 AGUSTÍN (san), *Epistola 48, Obras de San Agustín*, BAC, Madrid 1961, vol. 8, 283.
- 37 HERRERA, Tomás de, *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca*, Madrid 1652, 230.
- 38 SALÓN, Miguel, *ob. cit.*, 27.
- 39 *Ibidem*, 30- 31.
- 40 *Ibidem*, 75.
- 41 HERRERA, Tomás de, *ob. cit.*, 313.
- 42 *Ibidem*, 97, 259.
- 43 ALVÁREZ, Luis, *La observancia agustiniana de Castilla en el siglo XVI: Corrientes espirituales, organización y régimen de vida: Revista Agustiniiana de Espiritualidad* 14 (1973) 67.
- 44 AZCONA, Tarsicio de, *Reforma de la Iglesia antes de la reforma luterana: Historia de la Iglesia*, vol. XVII, Edicep, Valencia 1964, 557.
- 45 Las obras completas de santo Tomás de Villanueva se citan por la edición la Biblioteca de Autores Cristianos, BAC Maior, 10 volúmenes, preparada por el equipo de agustinos, dirigido por el padre Laureano Manrique OSA, Madre 2010- 2015. *Fiesta de Todos los Santos*, concio 363, vol. 8, 2- 4, 613.
- 46 *Ibidem*.
- 47 *Domingo de Septuagésima*, concio 42, 4, vol. 2, 35.
- 48 *En la fiesta de San Agustín, Nuestro Padre*, concio 294, 1, vol.8, 1, 51- 52.
- 49 *Domingo I de Cuaresma*, concio 78, 7, vol. 2, 513.
- 50 *Domingo de Septuagésima*. Concio 41, 2, vol. 2, 9.
- 51 *En la fiesta de San Agustín, Nuestro Padre*, concio 294, 1, vol. 8, 1, 47.
- 52 SALÓN, Miguel, *ob. cit.*, 87.
- 53 ARCHIVO SECRETO VATICANO, *Ritos*, manuscrito 3632, f. 253.
- 54 SALÓN, Miguel, *ob. cit.*, 62, 87.
- 55 ARCHIVO SECRETO VATICANO, *Ritos*, manuscrito 3632, f. 340.
- 56 SALÓN, Miguel, *ob. cit.*, 91- 95.
- 57 *Ibidem*, 75.
- 58 ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS, *Estado* 500; VAN GULICK, Q.- EUBEL, C., *Hierarchia cathólica Medii Aevii*, Monasterio 1923, vol. III, 346.

- 59 JEDÍN, Hubert, *El significado del concilio de Trento*: Gregorianum 26(1945) 127-128.
- 60 *Sínodo diocesano, Proemio*, vol. 6, 411; LLIN CHÁFER, Arturo, *Santo Tomás de Villanueva, Fidelidad evangélica y renovación eclesial*, 217- 248.
- 61 *Ibidem, El Sínodo diocesano de Santo Tomás de Villanueva*: Revista Agustiniiana 26 (1985) 393- 423.
- 62 ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, Luis, *Santo Tomás de Villanueva y el Concilio de Trento*: La Ciudad de Dios 171 (1958) 599- 545.
- 63 LLIN CHÁFER, Arturo, *Santo Tomás de Villanueva y su aportación al Concilio de Trento*: La Ciudad de Dios 198 (1985) 881- 903; CAMPOS, Luis, *Santo Tomás de Villanueva*, Ediciones Escorialenses, Madrid 2001, 190- 202.
- 64 ANDRÉS, Melquíades, *La teología española en el siglo XVI*, vol. 1, 207- 208; URRIZA, Juan, *La preclara Facultad de Artes y Filosofía de la Universidad de Alcalá en el siglo de oro (1509- 1621)*, Madrid 1942, 403- 429.
- 65 *Constituciones del Colegio Mayor de la Presentación de Nuestra Señora*, Colección de protocolos del notario Juan Alemany, 1555, un volumen en cuarto de 22x 16 centímetros con cubierta de pergamino. Consta de 272 folios. Las Constituciones comienzan en el folio CC y terminan en el CCX. *Archivo del Colegio del Patriarca de Valencia*; ARCHIVO SECRETO VATICANO, *Ritos*, manuscrito 3632, folio 122 v.
- 66 ANDRÉS, Melquíades, *La teología española en el siglo XVI*, vol. 2, 117, 622.
- 67 *En la fiesta de San Agustín, Nuestro Padre*, concio 295, 9, vol. 8, 1, 79- 81.
- 68 OSUNA, Francisco de, *Tercer Abecedario espiritual*, 81.
- 69 JEDÍN, Hubert, *Manual de Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 1973, 671 ss.
- 70 *En la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora*, concio 287, 8, vol 7, 561.
- 71 BATAILLON, Marcel, *ob. cit.*, 567.
- 72 *Domingo III de Adviento*, concio 17, 5, vol. 1, 291,
- 73 SALÓN, Miguel, *ob. cit.*, 189- 190.
- 74 *Domingo de Sexagésima*, concio 49, 10, vol. 2, 291.
- 75 *Domingo XIX después de Pentecostés*, concio 219, 2, vol. 5, 379.
- 76 *Francisco de Osuna* (Osuna (Sevilla) 1492- 1540), escritor, ascético. Autor de *los Abecedarios espirituales*, CASTRO, Manuel de, voz: *Francisco de Osuna*, *Diccionario de historia eclesiástica de España*, vol. 3, 1850- 1851.
- 77 *García Jiménez de Cisneros* (Cisneros (Palencia) 1455- Montserrat (Barcelona) 1510, benedictino del monasterio de San Benito de Valladolid, cuna de la reforma del monasterio de Montserrat, en Cataluña. Autor del *Exercitatorio de la vida espiritual*, Montserrat 1500, GROULT, Pierre, *Los místicos españoles de los Países Bajos y la literatura española del siglo XVI*, Fundación Universitaria española, Madrid 1976, 113- 117.
- 78 GARCÍA, Gómez, *Carros de dos vidas, activa y contemplativa*, editado por Joannes Pegnicar de Nuremberg y Mateo Hertbest de Fils, Sevilla 1500., 258 hojas foliadas.
- 79 *Alonso de Madrid* (1485- 1570), escritor, ascético, publica *Arte de servir a Dios*, en Alcalá de Henares, en casa de Miguel de Eguía, el 17 de marzo de 1526, CAS-

- TRO, Manuel de, voz: *Alonso de Madrid, Diccionario de historia eclesiástica de España*, vol. 2, 1388- 1389.
- 80 *Bernardino de Laredo* (Sevilla 1482- Villaverde del Río (Sevilla) 1540), escribe *Subida del Monte Sión*, Sevilla 1535, publicado por Juan Bautista Gomis, en : *Místicos franciscanos*, BAC, Madrid 1948, 25- 442.
- 81 ROYO MARÍN, Antonio, *Los grandes maestros de la vida espiritual*, BAC 347, Madrid 1973, 192.
- 82 *En la fiesta de la Ascensión del Señor*, concio 252, 7, vol. 6, 487.
- 83 *Obras de Santo Tomás de Villanueva: Sermones de la Virgen y obras castellanas*, introducción bibliográfica, versión y notas del padre Santos SANTAMARTA, BAC 96, Madrid 1952. Se cita: BAC SANTAMARTA. *Modo breve de servir a Nuestro Señor*, 511.
- 84 *Ibidem*.
- 85 *Viernes del IV domingo de Cuaresma*, concio 135, 4, vol. 3, 513.
- 86 *Domingo IV de Adviento*, concio 24, 5, vol. 1, 397.
- 87 *En la fiesta de los Santos Quirico y Julita*, concio 352, 6- 8, vol. 8, 451- 455.
- 88 Confer: *Jueves Santo*, concio 154, 12, vol. 3, 801- 805.
- 89 *En la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora*, concio 286, 6, vol. 7, 517- 522.
- 90 *Domingo de Septuagésima*, concio 44, 7, vol. 2, 63.
- 91 *En la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora*, concio 289, 1, vol. 7, 591.
- 92 *Soliloquio para después de la Sagrada Comunión*, BAC SANTAMARTA, 552.
- 93 *Viernes del tercer domingo de Cuaresma*, concio 121, vol. 3334- 335; concio 123, vol. 3, 343. 345.
- 94 *Domingo XIX después de Pentecostés*, concio 219, 3, vol. 5, 381- 401.
- 95 *De la lección, meditación, oración y contemplación*, BAC SANTAMARTA, 514.
- 96 *Domingo XII después de Pentecostés*, concio 207, 1-9, vol. 5, 178- 197.
- 97 *Domingo XXI después de Pentecostés*, concio 223, 1, vol. 5, 435.
- 98 *Domingo I de Cuaresma*, concio 76, 6, vol. 3, 483.
- 99 *Ibidem*, concio 77, 3, vol. 3, 481.
- 100 *De la lección, meditación, oración y contemplación*, BAC SANTAMARTA, 515.
- 101 *Ibidem*, 517.
- 102 *Ibidem*, 518.
- 103 S. AUGUSTINUS, *Epistola CXXX a Proba*, *Patrología latina* 33, c. 499.
- 104 *Modo breve de servir a Nuestro Señor en diez reglas*, BAC SANTAMARTA, 509.
- 105 *De la lección, meditación, oración y contemplación*, BAC SANTAMARTA 521- 522.
- 106 *Ibidem*, 522.
- 107 *Ibidem*, 522.
- 108 *Ibidem*, 523.
- 109 *Ibidem*, 524.
- 110 *Soliloquio para después de la Sagrada Comunión*, BAC SANTAMARTA, 550.
- 111 *Obras de San Agustín*, introducción y notas del padre Victorino CAPÁNAGA, BAC, vol. 1, Madrid 1950, 24.
- 112 *Soliloquio para después de la Sagrada Comunión*, BAC SANTAMARTA 550.
- 113 OSUNA, Francisco de, *Tercer Abecedario espiritual*, 129.

- 114 TERESA DE JESÚS, santa, *Las Moradas*, Biblioteca Mística Carmelitana, Burgos 1917, 206.
- 115 ARCHIVO SECRETO VATICANO, *Ritos, manuscrito* 3632, f. 168 v.
- 116 *Ibidem*, ff. 16 r- v.
- 117 *Luis de Montoya*, Belmonte (Cuenca) 15- 5- 1497- Lisboa, 7- 9- 1571, reformador de los agustinos en Portugal, escritor ascético y místico, ALONSO ROMO, Eduardo Javier, *Luis de Montoya, un reformador castellano en Portugal*, Editorial Agustiniiana, Guadarrama (Madrid) 2008.
- 118 *Luis de Alarcón*, Alarcón (Cuenca) 1490- Granada, después de 1550, escritor ascético y místico, Publicó su obra *Camino del cielo y ceguedad del mundo* en Alcalá de Henares en 1547, GUTIÉRREZ, David, *Fray Luis de Alarcón: La Ciudad de Dios* 170 (1957) 242- 257. cf.: ALARCÓN, Luis, *Camino del cielo y ceguedad del mundo*, edición preparada por el Padre Angel Custodio Vega, colección espirituales españoles, Barcelona 1959, 96- 97.
- 119 *Nicolás de Witte*, profesó en la orden agustina de manos de santo Tomás de Villanueva en Burgos el 21 de abril de 1538. Pasó como misionero a Méjico en 1543, donde falleció santamente el 21 de octubre de 1565, HERRERA, Tomás de, *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca*, Madrid 1652, 166.
- 120 *Alonso de Orozco* (san) “Nació el 17 de octubre de 1500 en Oropesa, de la provincia de Toledo..., el 9 de junio de 1523 tuvo la dicha de hacer su profesión de manos de Santo Tomás de Villanueva, Prior del Convento (de Salamanca), a la sazón... En 1554, a 13 de marzo, el Emperador Carlos V, le hizo predicador en el Convento de Valladolid...; entregó plácidamente su espíritu al Señor... el 19 de octubre de 1591”. SANTIAGO VELA, Gregorio de, *Ensayo de una biblioteca Iberoamericana de la Orden de San Agustín*, Madrid- El Escorial 1913- 1931, vol. 7, 96- 102. Sus obras son de gran calidad espiritual y literaria. Ha sido canonizado por el papa Juan Pablo II el 19 de mayo de 2002. LLIN CHÁFER, Arturo, *Alonso de Orozco, maestro de vida cristiana: La Ciudad de Dios* 104 (1991) 13- 45.
- 121 “*Primero te has de ejercitar en los trabajos de la vida activa antes de que subas a la alteza de la contemplación. Entrambas son hermanas y amigas, y aunque la contemplación sea más excelente, no por eso contradice la una a la otra, antes se ayudan como buenas hermanas*”, OROZCO, Alonso de, *Vergel de oración*, Salamanca 1895, 410.
- 122 *Agustín Antolinez*, Valladolid 6- 12- 1554- Villagarcía (La Coruña) 19- 6- 1626, teólogo y místico. Profesó en la orden agustina el 28 de mayo de 1571. Nombrado obispo de Ciudad Rodrigo en 1623, pasó al año siguiente al arzobispado de Santiago de Compostela, GONZÁLEZ MARCOS, Isaac, *Datos para una biografía de Agustín Antolinez*: Revista Agustiniiana 30 (1989) 101- 132; *Ibidem*, *Agustín Antolinez*, Editorial Agustiniiana, Madrid 1993.
- 123 Autor de importantes obras, como *Amores de Dios y del alma*, SANTIAGO VEGA, Gregorio de, *Ilustrísimo D. Fray Agustín Antolinez, Arzobispo de Santiago: La Ciudad de Dios* 105 (1916) 241- 266.
- 124 KRAYNEN, Jean, *Le cantique spirituel de Saint Jean de la Croix, commente et refondu au XVII siècle*, Madrid 1948, 163, 172.

- 125 *Fray Luis de Granada*, Granada 18- 12- 1504- Lisboa, 31- 12- 1588, teólogo, predicador, tratadista espiritual, HUERGA, Álvaro, *Fray Luis de Granada, una vida al servicio de la Iglesia*, BAC 496, Madrid 1988; LLIN CHÁFER, Arturo, *Fray Luis de Granada y la democratización de la oración: Anales Valentinus* 34 (1991) 247- 270.
- 126 *Una breve regla de vida cristiana que el Reverendísimo B. Fray Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, envió a una persona noble y virtuosa*, en obras de fray Luis de Granada, Madrid 1906, edición preparada por el padre Justo Cuervo, vol. 10, 153- 166.
- 127 *Pedro Malón de Chaide*, Cascante (Navarra) 1530- Barcelona, 1- 9- 1589, escritor místico y ascético, VIUDA, Isidro de la, *Pedro Malón de Chaide*, Editorial Agustiniana, Madrid 1992.
- 128 *Fray Luis de León*, Belmonte (Cuenca) 1527- Madrigal (Ávila), 25- 8- 1591, religioso agustino, poeta, filósofo, teólogo, escriturista y místico, catedrático de Teología y Biblia en la Universidad de Salamanca. Autor de obras de calidad literaria y espiritual, ALVAREZ TIURIENZO, Saturnino (dir.), *Fray Luis de León, el fraile, el humanista, el teólogo*, El Escorial 1991: La Ciudad de Dios 204 2/3 (1991); VIÑAS ROMÁN, Teófilo (dir.) *Fray Luis de León, IV Centenario (1591- 1991)*, Congreso Internacional, Escorial 1992.